
CARTA OBSUR

REVISTA DIGITAL DEL OBSERVATORIO DEL SUR

Número 17
Octubre 2012

EN ESTE NÚMERO:

EDITORIAL

TESTIGOS 1

CENTRALES

PADRE CACHO: EL LEGADO DE UN PROFETA 3

PADRE CACHO: UN LÍDER DIFERENTE 9

EL PADRE CACHO: UN EJEMPLO INTERPELANTE 11

CASILDA, LA OTRA PRESENCIA QUE SIGUE VIVA 14

LA ORGANIZACIÓN SAN VICENTE: DESDE CACHO A NUESTROS DÍAS 17

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

ENTREVISTA AL PADRE CACHO: LA PALABRA HABITADA 19

HECHOS Y DICHOS

VATICANO II: MILAGRO HACE 50 AÑOS. HOY 26

EL XIII SÍNODO DE OBIPOS. 7 al 28 de octubre 29

34ª JORNADA NACIONAL DE LA JUVENTUD: ENCUENTROS QUE VALEN LA PENA 35

ESPIRITUALIDAD

VIGOR, BELLEZA Y AUDACIA EN LA VIDA ESPIRITUAL: LA INVITACIÓN DE TERESA DE JESÚS. 37

REFLEXIONANDO EL EVANGELIO

EVANGELIO DOMINICAL (octubre)..... 41

LEYENDO Y WEBEANDO

“UN CACHO DE DIOS”: HUELLAS DE UN CAMINO COMPARTIDO 44

PADRE CACHO: CUANDO EL OTRO QUEMA ADENTRO 45

OBSUR
SERVATORIO
DEL

Equipo de Redacción: Pablo Dabezies, Patricia Roche, María Dutto,
Mercedes Clara y Magdalena Martínez

Nota: "Las opiniones vertidas en esta publicación no reflejan necesariamente la opinión institucional de OBSUR".

TESTIGOS

Desde hace algunas ediciones, venimos reflexionando, a la luz sobre todo de testimonios, pero también de análisis, sobre ese que juzgamos la matriz de muchos de nuestros principales problemas, el de la fragmentación de nuestra sociedad con todas sus secuelas. De paso aprovechamos para explicarnos un poco más sobre nuestro planteamiento crítico a los comentarios de mons. Fuentes al mensaje del presidente Mujica el 19 de junio.

Acordamos con el obispo de Minas que en la raíz de nuestros problemas está el alejamiento de Dios. Dicho lo cual, tenemos que hacer las aclaraciones pertinentes. Y la primera es que esa es una afirmación de fe, de creyentes, en este caso de cristianos, que no podemos suponer sea compartida por quienes no lo son. En ese sentido, se trata de una explicación que propuesta indiscriminadamente a toda la sociedad, no explica nada. Por tanto no ayuda a anunciar la Buena Noticia de Jesús.

Y aun en el caso de los que somos creyentes, cristianos, tenemos que decir algo más para explicar por qué creemos eso. Y ese decir algo más está relacionado con el Evangelio, pero también con lo que los seres humanos hemos ido aprendiendo sobre nuestros comportamientos, la manera de organizarnos en sociedad, etc. Desde el Evangelio decimos, y esto lo pueden escuchar todos de labios de Jesús, que todo gesto de ruptura o por el contrario de amor con otro ser humano, es un gesto de amor o de ruptura con Jesús, con Dios el Padre. Gran interpelación para quienes queremos ser discípulos de Jesús, clave de lectura y juicio para todo convivir y toda conducta personal, radicalización extrema de la exigencia de la fe en el terreno en que debe expresarse: el amor, la caridad.

Tanto no cristianos y no creyentes, como muchos cristianos, hemos aprendido a lo largo de los siglos a interpretar también cada vez mejor los por qué, las causas de ciertos comportamientos, su cristalizarse en estructuras de injusticia que a su vez al menos estimulan determinadas conductas. Los cristianos no podemos poner entre paréntesis estas adquisiciones de todos diciendo así no más “la causa está en el alejamiento de Dios”. Salvo que queramos usar un lenguaje que casi nadie entienda, ni siquiera muchos cristianos, y que nos sirva de perezosa coartada para no enfrentarnos con las responsabilidades concretas de nuestro actuar cotidiano. Ni tampoco, como supieron decir los obispos uruguayos en un momento de la dictadura: el remedio (de la situación que vivíamos) está en “volver a Dios”. Otra vez: hay tantos supuestos en esta expresión, tantas explicaciones concretas que dar, que más vale no usarla.

Creemos que esto viene a cuenta del núcleo de nuestra presente edición, que hemos dedicado a recordar y volver a poner en medio nuestro para que nos confrontemos con ellos, a dos testigos de lo que significa “pegarse a Dios”, diríamos, por su elección radical de compartir sus vidas con los más pobres y discriminados de nuestra sociedad. Hablamos de Isidro “Cacho” Alonso, sacerdote, y de Casilda Aparicio, laica consagrada de la comunidad de las Teresianas. Cacho es más conocido, su figura ha trascendido más. Pero el testimonio de Casilda no es menor. Y de repente deberíamos darle un relieve especial por ser una española que se vino al Uruguay y nos regaló su vida toda de una manera que nos sobrecoge.

Entre muchas otras cosas, en ellos se cumple de manera muy elocuente aquella expresión de Pablo VI en la “*Evangelii Nuntiandi*”: “El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio [...] Será sobre todo mediante su conducta, mediante su vida, como la Iglesia evangelizará al mundo, es decir, mediante un testimonio vivido de fidelidad a Jesucristo, de pobreza y desapego de los bienes materiales, de libertad frente a los poderes del mundo, en una palabra de santidad” (41).

En ellos queremos reconocer a muchos y muchas testigos, cristianos o no, que han dado o están dando su vida para crear en nuestro suelo un pueblo de hermanos, de gente que manifieste en los

hechos su condición de hijos de Dios y que vaya viviendo así, objetivamente y no tanto según lo que proclama, cerca del Dios de Jesús.

Con ellos queremos cerrar, por decir, porque queda completamente abierto, este pequeño ciclo de números de nuestra "Carta" dedicado a la fragmentación social en sus manifestaciones que nos causan tristeza y dolor, y en los esfuerzos por revertirla que nos dan alegría y esperanza.

La Redacción

PADRE CACHO EL LEGADO DE UN PROFETA

Mercedes Clara

¿Qué misterio guarda ese hombre flaco y silencioso, que planta su tienda en medio de un barrio de Aparicio Saravia? ¿Por qué su historia permanece viva después de veinte años? ¿Por qué sigue tan presente en el barrio, en los vecinos, en los amigos, en la Iglesia, en la sociedad? ¿En qué radica la fuerza de su persona, la actualidad de su mensaje? Un hombre que cruza una frontera. Un encuentro casi magnético con el mundo de los pobres. Un proceso de transformación colectiva. La gestación de un lugar nuevo. El llamado de Dios y una respuesta radical. La fuerza de una palabra que resuena en el presente.

El lugar de la cita

Ruben Isidro Alonso nace el 15 de mayo de 1929. Hijo de los primos Dámaso Alonso, panadero, y María Alonso, lavandera. A los 12 años ingresa a la casa de formación de la congregación salesiana: "Sentí desde niño como un llamado, el llamado de los pobres, que para mí era el mismo llamado de Dios", cuenta al recordar los comienzos. Cacho responde a esta cita a lo largo de la vida de diferentes maneras. Se ordena sacerdote en noviembre de 1959. El Concilio Vaticano II, el despertar de la voz de la Iglesia latinoamericana con Medellín y Puebla, la Teología de la Liberación y la Educación Popular constituyen un escenario donde se proyecta desde su vocación.

Trabaja como catequista en colegios de la congregación en Montevideo y Paysandú. En el año 1973 el obispo Marcelo Mendiharar, desde el exilio, lo nombra primer Asesor Diocesano de la naciente Pastoral Juvenil de Salto. Se rodea de jóvenes para llevar adelante la tarea. Entre ellos surge la inquietud de salir al encuentro de otras realidades y visitan algunos barrios marginales del departamento. Cacho comparte con los jóvenes la indignación al ver las condiciones en que viven tantas personas en rincones borrados del mapa. La Iglesia que Cacho encarna es una institución en movimiento, que se deja afectar por los hechos, que exige respuesta a las interrogantes que plantea la realidad. Una Iglesia que es construcción permanente y responsabilidad de todos los hombres y mujeres que se definen cristianos.

En 1975 con dos compañeros salesianos, José Antonio Carcabelos y Eulalio Landa, inspirados en la experiencia de los curas obreros, elaboran una propuesta de inserción en un barrio marginal y la llevan a cabo en Pueblo Nuevo, ciudad de Rivera. En 1977 Cacho llega a Montevideo con el deseo de profundizar esa experiencia: "Siento la imperiosa necesidad de vivir en un barrio de pobres y hacer como hacen ellos. Necesito encontrar a Dios entre los que más sufren... Sé que vive allí, que habla su idioma, que se sienta a su mesa, que participa de sus angustias y esperanzas". Monseñor Carlos Parteli confía en esa intuición y le da libertad para seguirla dentro de un marco eclesial que lo sostenga. Lo designa Vicario Cooperador de la Parroquia de Possolo en el barrio las Acacias, al norte de la ciudad, a pocas cuadras del "cantegril" de Aparicio Saravia.

Cada día se adentra un poco más en la realidad de la zona y se encuentra con la propia ignorancia. Un universo regido por leyes y códigos propios. Se siente extranjero, y como tal avanza en el nuevo país. Sabe que no es fácil atravesar las fronteras. Al principio, no encontraba la forma de llegar al barrio: "No sabía cómo dar el paso, estudiaba la manera, como si fuera un país extranjero, que nos



resulta difícil hablar el mismo idioma”, dice. Sin las precauciones del turista, y con un solo boleto, Cacho cruza la frontera. Sí, llega a otro país, pero es el suyo también. Una parte de sí mismo vive allí desde hace tiempo. “Llegué al lugar de la cita”, dice, con la tranquila ansiedad de arribar a destino. Esta mudanza no es solo pasar a vivir en otro lugar, sino mudar toda una perspectiva de vida, un proyecto futuro, un lugar en el mundo, en los otros y dentro de sí.

A lo largo del viaje, Cacho contará con amigos y colaboradores que lo acompañan en el trayecto, pero es un viaje en soledad. Una opción personal que sigue hasta las últimas consecuencias, y que implica inventar un camino, allí, donde no existía. Es la soledad de quien hace opciones muy radicales; de quien vive algo tan original que no hay puntos de referencia para orientarse más que el propio Evangelio. Suelta seguridades, miedos, comodidades y se lanza a la aventura. Es un lanzarse al vacío, con la cuota de pasión y coraje que exige, pero a la vez, un salto largamente meditado, que concreta después de un hecho que lo sostiene: que la propia gente del barrio se lo pida: “Un día viene una señora del barrio a la parroquia a pedir que un sacerdote fuera a la zona, a ocuparse de los jóvenes que estaban abandonados. Ese día habían matado a un chico del barrio. (...) Yo veía que el Señor insistía, y que a través de los pobres me mostraba el camino. (...) Ya no iba a ser un intruso, sino que el llamado de Dios empezaba a ser el llamado del Pueblo también”.

Un vecino más

Los primeros días, meses, años, son difíciles. Y más para quien llega sin un plan que lo proteja. “Fueron dos años que viví en esa vivienda como desorientado; sentía admiración y sorpresa, desorientación y descubrimientos. Eso me obligó, mate por medio, a escuchar mucho. A saber apreciar la gratitud de esas conversaciones, de ese lenguaje, de esa comunicación. Para mí fue un esfuerzo grande aprender y emplear el mismo lenguaje de ellos”.

Escuchar y escuchar, en eso consiste la primera etapa de Cacho en el barrio. Escuchar a la persona toda entera, palabras y silencio. Escucharla en el modo de caminar, de mover las manos, de mirar a los hijos, de enredarse en los pensamientos. “Me cuesta escuchar lo que él me cuenta”, confiesa Cacho, “porque estoy acostumbrado a escuchar temas de ‘mi cultura’... Casi digo ‘importantes’, como si los de él, que son los de ellos, no lo fueran. Escucho, escucho, me esfuerzo por sentir todo lo que él siente: el frío, los hijos, la calle, el desprecio, la pobreza, el hambre”.

En medio de la incertidumbre hay cosas que tiene claras, como por ejemplo, el desde dónde quiere vincularse con los vecinos. “No como táctica de infiltración, de camuflaje o demagogia, ni siquiera como gesto profético de nada (...) Tampoco como un padre despachador de sacramentos, sino como alguien que va a hacer junto a ellos una vivencia de fe, un camino compartido”. Cacho se propone ser un vecino más. Crear un vínculo horizontal donde compartir lo cotidiano. La intuición le dice que ese es el camino para llegar a un lugar que aún no existe, que será producto del encuentro con el barrio. No va a llevarles a Dios, va a encontrarlo: “Tal vez pueda decirles en su idioma de dolor y frustración, que allí en medio de ellos está Él, el que puede cambiar la muerte en Vida, la negación en Esperanza”.

La presencia de Cacho convoca. La gente se reúne alrededor de él y comparte los problemas. Enseñada los vecinos intentan ubicar ese vínculo en los registros conocidos, pero Cacho no se deja etiquetar. El cura no viene con una obra que trae soluciones. Cacho rompe con esa imagen de Iglesia-poder que genera relaciones de beneficencia con la gente y refuerza las causas de la pobreza. Cacho propone solucionar las dificultades entre todos. Y según Pablo Bonavía: “rompe con otro esquema, que también existe en la Iglesia y en la sociedad, que es decir a la gente más pobre: ustedes son el problema, nosotros la solución. El planteo de él es: nosotros somos el problema, nosotros la solución”.

La llegada de alguien externo al barrio es un elemento movilizador en sí mismo. Los vecinos valoran el mensaje inscripto en este hecho. Acostumbrados a la desvalorización permanente de la zona y de sus vidas, el acontecimiento de que una persona, un cura, vaya a vivir ahí, en medio de tantas carencias, y con una actitud de disponibilidad total, sugiere una opción por ellos. Una opción que no llegan a comprender, pero que abrazan como a una tabla en medio del mar.

“Fue uno más de nosotros”, coinciden los vecinos. “Más que un cura fue un vecino”, afirma Esther del Pino. “Yo nunca había visto curas que vinieran a vivir al barrio, a pasar las buenas y las malas, a compartir la lucha. Él dejó de vivir bien, digamos, por venir a un ranchito con nosotros, nos trató de igual a igual, como personas”. Y recuerda que cuando lo vio por primera vez no creyó, pensó: “ah, este cura es como uno de los tantos políticos que vienen y se van”. Gladys Lucas valora que “supo ponerse a la altura de nosotros. Le hicimos un ranchito para vivir de adentro lo que nosotros vivíamos. Él quiso sentir con nosotros el frío, las goteras, pero también el calor humano”.

La mirada

La gran novedad de Cacho es la mirada. El espejo. Los vecinos ven reflejada una imagen de sí mismos que les abre un horizonte nuevo. Y esto no es solo una estrategia pedagógica para mejorar la autoestima. Cacho, de verdad, los percibe desde un lugar inédito, y esto cambia radicalmente el modo de vincularse y las expectativas que deposita en ellos. Él cree que una condición indispensable para que los vecinos enfrenten la lucha contra la pobreza es “el encuentro del hombre con su imagen propia, auténtica, esa imagen llena de dignidad, llena de valor, imagen de Dios al fin”. Ésa es la imagen que recibe de los hombres y mujeres con los que comparte la vida, y eso es lo que ellos descubren al mirarse en él. Una nueva versión de sí mismos.

Para Cacho, los vecinos no son un problema, son un misterio. Percibe una riqueza oculta, lejos de la vista, que respira más allá. Hacia allí se dirige. Él es parte de ese misterio. A medida que avanza, encuentra nuevas piezas que tiene que reacomodar adentro. Cacho logra meterse en el mundo de los vecinos y ellos en su mundo. Una especie de colonización mutua, que desemboca en un lugar nuevo para todos. “Este encuentro me ha cambiado”, dice Cacho, “yo siento que ya no soy el mismo”.

Más que mirar al pobre, trata de mirarse a sí mismo desde el pobre. Dice Bonavía: “Uno tiende a mirar al pobre como aquel que todavía no es como uno, aquel que no ha llegado a ser lo que la sociedad considera normal o decente. De alguna manera, es una mirada desde cierto aire de superioridad. El centro es el modelo, la periferia es lo que todavía no llegó. Cacho invirtió esa mirada. Empezó a mirar al mundo con tal mirada que se sintió mirado él, y mirada su Iglesia y mirada su fe y su trayectoria como sacerdote, desde las necesidades, y también desde los derechos de quienes, a esa altura del partido, para él ya son amigos, compadres, integrantes de su comunidad”.

En más de una ocasión, Cacho reconoce que los vecinos lo atrapan. “El descubrimiento de Dios en aquellos que son los últimos, en aquellos a los que cuesta amar a primera vista, pero que al final con su cariño, con su solidaridad, con su apego, te atrapan de tal manera que no te escapás más”. Estos primeros años tienen mucho de seducción, de enamoramiento, que luego se consolida en un amor profundo, de plena aceptación del otro.

La fuerza de la fragilidad

Muchos hablan de la fragilidad de Cacho. Frágil desde el punto de vista físico; flaco, friolento, debilucho, de tranco cansino. Y frágil desde el punto de vista de la personalidad, por esa actitud de condescendencia permanente en la relación con los otros. Esta sensibilidad lo deja solo, muchas veces, porque los demás no entienden como acepta y perdona, a todos, siempre. “Te desesperaba verlo tan

bueno”, recuerda Luis Álvarez. “Yo lo rezongaba: ‘Cacho, no podés ser tan bobo, te toman el pelo y vos seguís creyendo’. Él ya ni te lo discutía, te decía que sí para que lo dejaras tranquilo”.

Es que Cacho puede ver las cosas invisibles. Su mirada traspasa los hechos, hasta llegar al centro que mueve cada vida. El sacerdote José Tejero reconoce en él la capacidad “de ver más hondo que las urgencias materiales, que el cúmulo de necesidades que afloraban a la superficie en forma de pedido interesado. Él se conecta más adentro con la realidad de esa madre o de ese pobre muchacho, y le hace sentir su aprecio y comprensión, sus ganas de ayudar, en definitiva, de hacer nacer y crecer la vida”.

“¿No ves que te están embromando?”, le decía Casilda Aparicio para abrirle los ojos. “Pero él permanecía, buscaba el cambio hasta el final. Pensaba que con esa persona tenía que tener un espacio, darle la oportunidad, que éste y aquél podían dar la vuelta. Y lo embromaban ochenta veces y seguía creyendo ochenta veces más”. Los amigos de Cacho remarcan esta característica que a veces les cuesta aceptar, sobre todo cuando acordaban reglas y no las cumplía, pero la reconocen como la esencia de su persona.

Tal vez, la confianza en el otro sea el hilo que entreteje cada uno de sus actos y anima la historia de Cacho en el barrio. Se empeña en profundizar esta capacidad, la trabaja, la pone a prueba, y aunque muchas veces no le da los frutos esperados, opta por esta línea metodológica. En el fondo, en esa terquedad late su convicción. La confianza es lo único que puede generar algo nuevo en los vecinos. Además, afirma una y otra vez: “No me importa que los pobres me usen. Ellos han sido usados y manipulados toda su vida por los que tienen poder; está bien que alguna vez las cosas sean al revés”.

Según Jorge Alves, Pantera, Cacho “cumplió lo de la Biblia, le pegaban de un lado de la cara y ponía el otro; yo nunca pude entender como una persona así existía en estos tiempos, y me dolía más a mí que a él. Nunca lo entendí hasta que me lo explicó, pero igual sigo pensando que estaba loco, pero un loco lindo”.

El modo de ser de Cacho cuestiona actitudes presentes en el barrio. Los vecinos no terminan perdonando setenta veces siete, como decía y hacía Cacho, pero sí algunas veces. Y sobre todo, aprenden que discutir no es ganarse un enemigo. “No sabíamos discutir, todo lo tomábamos a mal. Cacho nos enseñó que, si es para progresar, es buena la discusión, y al salir de la reunión se termina todo”, dice Elsa. Aprender a participar requiere incorporar nuevos elementos para la convivencia. Es un proceso lento, trabajoso, pero van apareciendo los frutos. Aumenta el respeto y la capacidad de comprenderse. “Él nos aceptó a todos como éramos, con defectos y virtudes, no excluía a nadie, desde una prostituta hasta un ladrón. Todo ser humano tiene derecho a cambiar. Él te daba la oportunidad”, recuerda Esther.

Esa aparente debilidad es una característica de la personalidad de Cacho, pero también es una elección que profundiza cada día. Elegir la debilidad como modo de presentarse ante los demás, exige una gran fortaleza. Implica asumir las propias debilidades como una posibilidad de fortalecerse con los demás. De comunicarse desde una carencia compartida. Esto no era una postura para conquistar al otro, sino un desarmarse para recibirlo, para rearmarse juntos. Allí radica la fortaleza de Cacho. Elegir la fragilidad como camino, la ternura como espada, supone una gran confianza en el devenir de las cosas y en los tiempos de Dios.

La fortaleza psicológica de Cacho es un punto donde todos los entrevistados coinciden. Como a pesar de su profunda sensibilidad, de vivir a la intemperie, en contacto permanente con situaciones límite, nunca se quiebra. Todo lo afecta. Nada lo derrumba. Logra mantener el optimismo y la capacidad de alegrarse con pequeñas conquistas.

Diálogo con el presente

Veinte años después de su partida, Cacho sigue presente en el barrio, en el corazón de los vecinos y amigos. Veinte años después, su experiencia nos muestra algunas pistas para pensar una sociedad donde la convivencia y la creación del nosotros resulta el mayor desafío.

La desigualdad económica, social y cultural es moneda corriente en las últimas décadas de la historia del Uruguay. Los signos de deterioro están a la vista. Es común hablar de ruptura del tejido social, de fragmentación, de segregación residencial, de jóvenes que no estudian ni trabajan, del alto porcentaje de niños que nacen en hogares pobres, del proceso de exclusión que mantiene a tantos ciudadanos al margen de la dinámica social de "los integrados". El país se compone de fragmentos inconexos, mundos cada vez más distantes física y simbólicamente. Si en tiempos de Cacho la fragmentación ya constituía una realidad difícil de recomponer, hoy parece aún más compleja. Aunque en los últimos años las estadísticas hablan de una mejora en los números de personas en situación de pobreza, las famosas "brechas" que separan los mundos parecen más profundas. Según el sociólogo Gustavo de Armas, emerge una nueva ciudad, "en la que cada vez más, y a pesar de las modestas distancias geográficas, los que son distintos (económica, social y culturalmente) viven muy lejos entre sí -con una casi nula probabilidad de interacción- y los que son parecidos se concentran, reproduciendo hábitos, pautas de comportamiento y estrategias".

Crece la distancia entre "ellos y nosotros", el desconocimiento, los prejuicios y la dificultad para convivir entre los distintos sectores. La ruptura del tejido social es también la ruptura de la sensibilidad. La sensibilidad como oportunidad de vibrar con otro da paso a una sensibilidad herida, exacerbada por la violencia, el miedo y el sentimiento de inseguridad. El "ellos y nosotros" se polariza en categorías de buenos y malos, víctimas y victimarios. Los otros se convierten en una amenaza. Una sociedad donde morir o matar es el destino de muchos de nuestros jóvenes y donde es normal escuchar "hay que matarlos a todos", es una sociedad en peligro. Sin convivencia no hay proyecto de país sustentable.

La disminución de la pobreza y, al mismo tiempo, el aumento de los niveles de exclusión y desintegración del tejido social nos plantean serias interrogantes. Queda en evidencia la complejidad del problema y la dificultad para abordarlo. La disminución de la pobreza es vital pero insuficiente para revertir la fragmentación, esto exige reformas profundas. Hay familias que van por la sexta generación que crece en condiciones de pobreza, y esto no se soluciona con la reactivación económica. Actualmente, el gobierno trabaja en una Reforma Social que aspira a abordar la situación en sus múltiples dimensiones y con un conjunto coordinado de instrumentos, con el fin de enfrentar las causas que generan la pobreza y las necesidades de quienes la padecen. La acción del Estado, a través de las políticas públicas, atraviesa una tensión permanente entre el imperativo de responder a la emergencia y la necesidad de mirar a mediano y largo plazo para fortalecer el capital económico, humano y social de la población excluida.

En este sentido la vida de Cacho nos enfrenta a algunas preguntas: ¿Es posible partir del supuesto que manejamos un mismo idioma cuándo vivimos en realidades culturales cada vez más alejadas? ¿Cómo logran una decena de técnicos en torno a una mesa diseñar un programa para los pobres sin pensar la pobreza? ¿Será posible crear políticas sociales destinadas a otros que ignoramos sin intentar una participación real de ellos en este proceso? ¿No habrá llegado la hora de pensar la inclusión como un tercer lugar que supere el ellos y el nosotros y nos exija a todos un cambio de sitio? ¿Será ese nuevo lugar la posibilidad de integrar lo mejor de cada cultura en pos de una sociedad más humana?

A pesar de convivir más de 18 años con la pobreza, Cacho no se acostumbra. Nunca se acostumbró al dolor de los demás, a ver personas que viven en ranchos de lata, en medio de la basura, de la miseria. Siempre mantuvo un rechazo visceral a que haya gente que tenga que vivir en esas condicio-

nes. No solo no se acostumbra, sino que arrastra la culpa de toda una sociedad que no responde ante la injusticia: “Éste es un pecado que no podemos soportar que se prolongue diez, quince, veinte años. Estamos llegando tarde para salvar muchas vidas”.

Fuentes bibliográficas

- Ángel María Luna, Entrevista televisiva, Programa *Testimonios*, Canal 10, Montevideo, 1987.
- Graciela Salsamendi, Entrevista radial, Programa *Testimonios*, Emisora del Palacio, Montevideo, 26 de mayo de 1988.
- Hoja encontrada en una caja de zapatos en la Parroquia de Possolo, después de su muerte.
- Mara Porras de Hughes, “Aparicio Saravia”, entrevista al Padre Cacho, en *La otra cara de la Iglesia Católica en Uruguay*, Ediciones Talleres Don Bosco, Montevideo, 1988.
- Primo Corbelli, “La Frontera de los Pobres”, en *Revista Umbrales*, nº 77, setiembre, 1997.
- Charla del Padre Cacho en el Colegio Pío Latinoamericano de Roma, 1984, publicada en *Un Cacho de Dios*, de Julio Romero.
- Saludo de Cacho a los amigos de Europa, mensaje grabado en soporte audiovisual, Montevideo, 1991.
- De Armas, Gustavo, “De la sociedad hiperintegrada al país fragmentado”, en *20 de democracia*, dirección de Gerardo Caetano, Taurus, Montevideo, 2005.

PADRE CACHO: UN LÍDER DIFERENTE

Pablo Bonavía

Hace 20 años nuestro querido Padre Cacho vivía su pascua definitiva. A lo largo de 2012 su figura y su legado serán evocados en distintos momentos, desde perspectivas diversas y con variados lenguajes. No es sólo que él lo merezca: es que nosotros lo necesitamos...

Eso sí: para que este 'hacer memoria' de Cacho sea fecundo hemos de evitar una tentación. Me refiero a cierta forma de 'idealizar' su persona que en realidad proyecta sobre él modelos tradicionales de ministerio pastoral que, lejos de ayudarnos a descubrir la desafiante originalidad de su testimonio sacerdotal, lo neutralizan.



Entre esos 'moldes' que condicionan nuestras miradas y valoraciones hay uno que afecta especialmente a la imagen del sacerdote y su relación con la comunidad a la que sirve. No es algo surgido de golpe sino gestado a lo largo de la historia: la tendencia a proyectar en el ministro cristiano la forma de liderazgo predominante entre quienes ejercen la autoridad en la sociedad. Concretamente, en nuestras sociedades más o menos democráticas y competitivas, el liderazgo - si quiere ser reconocido como tal - ha de presentarse con rasgos de seguridad, capacidad de conducción y eficiencia. Hoy se espera de un político, empresario o profesional que, más

allá del discurso, sea capaz de conducir a los demás a metas previamente establecidas por él o por su organización. Por eso necesita mostrarse seguro de sí, ocultar debilidades y, en definitiva, constituir una relación unidireccional con las personas y grupos con los que trabaja. Eso es lo que le permite ser más 'eficiente' y, además, hacerse confiable para sus superiores.

Aplicar este modelo de liderazgo tan seguro de sí a los ministros cristianos - a contrapelo del que proponía Jesús para sus discípulos ('no lleven oro ni plata ni cobre, ni provisiones para el camino ni dos túnicas, ni sandalias ni bastón': Mateo 10, 9 - 10) - implica una dificultad adicional. ¿Por qué? Porque el ministro ordenado desarrolla su actividad en nombre de Dios, es decir, de la realidad última e inapelable. A tal punto que, dejando aparte actitudes que lo que busquen sea inmunizar de antemano al pastor ante cualquier demanda de la comunidad, los sacerdotes más generosos y responsables tienden a sentirse culpables de negligencia si no actúan con ese tipo de autoridad. Tener todo claro de antemano, proveer una organización que evite la improvisación, controlar hasta el detalle el modo de celebración litúrgica, tener respuestas ya prontas ante cualquier consulta doctrinal o situación imprevista, son actitudes vistas como expresión de la seriedad del sacerdote y de sus iniciativas pastorales.

Ahora bien, creo que éste es uno de los aspectos en los que Cacho fue profeta y maestro. Su manera de comprender el servicio pastoral entre los más pobres implicó una transformación del liderazgo presbiteral y una invitación a volver a una forma más evangélica de ejercer la autoridad.

Él mismo lo expresa, con su característica sencillez y transparencia, en la carta que escribe en 1979 a Mons. Carlos Parteli para contarle sus primeros pasos en la zona de Aparicio Saravia. Todo comienza con cierta vecina que pide que un Padre vaya a vivir al barrio 'para salvar a los jóvenes que se perdían desorientados', y entraban en la delincuencia 'sin alguien que les aconseje'. Luego de un tiempo de acercamiento y escucha respetuosa, y con el aval del Consejo Parroquial de Possolo, Cacho decide

dejar la casa parroquial e irse a vivir a una casita 'de emergencia' en medio del barrio Plácido Ellauri. Una vez allí, poco a poco, 'fue surgiendo una pequeña comunidad cristiana con características espontáneas y originales, que fui respetando y guiando, encauzando. Alguien me preguntaba ¿qué garantías de seriedad tenía 'esto'?; como la pregunta me parecía que no tenía sentido, le respondí: ¡ninguna! Y agrega: 'Es como hacerle esa pregunta a una flor diferente que hoy nace en mi jardín: si la Fe es vida, ¿cómo puedo estandarizarla, patentarla, ordenar su producción en serie? Tendemos a institucionalizar todo. Y la Iglesia es institución, y toda ebullición que el Espíritu promueve en ella es vida, es Fe, es fermento, simiente, germinación'.

Cacho reconoce y respeta el pedido de aquellos vecinos tal como se lo plantean, es decir, con ese tinte mesiánico, 'redentor', directivo, con que hemos vivido y concebido el servicio del sacerdote. Pero él fue más allá. Porque no iba a 'llevar' a Dios a esa realidad, iba a 'encontrarlo'. No tenía un proyecto propio ni pretendía conducir a los demás hacia un objetivo pastoral o social previamente fijado. Como dice en un texto encontrado por Daniel Bazzano luego de su muerte: 'Siento la imperiosa necesidad de ir a vivir en un barrio de pobres y hacerlo como lo hacen ellos. No como táctica de infiltración, de camuflaje o demagogia, ni siquiera como gesto profético de nada sino para encontrarlo de nuevo a Él, porque sé que vive allí, que habla su idioma, que se sienta a su mesa, que participa de sus angustias y esperanzas... Tal vez pueda decirles en su idioma de dolor y frustración que allí, en medio de ellos está Él, Él que puede cambiar la muerte en Vida, la negación en Esperanza.'

Cacho va cambiando así una relación predominantemente unidireccional por otra de interacción y profunda reciprocidad entre el sacerdote, la comunidad cristiana y la comunidad barrial. Y no sólo por sus actitudes e intenciones sino por participar activamente en la transformación de la situación real de los vecinos, comenzando por su terreno y su vivienda. Y siguiendo por los vínculos entre ellos mismos. En la mencionada carta a Mons. Parteli cuenta que luego de muchos esfuerzos, y con la participación de diversos actores del propio barrio y de fuera, se logra comprar dos manzanas de rancheríos amenazados de desalojo. 'A partir de ese momento hay un cambio maravilloso en el ánimo de la gente, comenzamos a reunirnos y van naciendo ideas y una manera nueva de relacionarse. Mil episodios retratan la solidaridad de esta gente sumamente pobre, la mayoría de las cuales sale a la calle con un carrito a traerse el pan para sus numerosos hijos'.

Hay, por supuesto, mucho más para decir sobre la figura de Cacho, pero valga hoy evocar esta manera de vivir el liderazgo propio del presbítero. Como escribe Mercedes Clara en un párrafo sobre Cacho que muestra con rara elocuencia, esta novedad: "Cacho se fue transformando – lo fueron transformando- en un líder. Líder extraño aquel, que, según el vecino Acuña 'siempre estaba callado'. 'Hablaban muy poco, casi nada. Lo que decía, era sagrado'. Él escuchaba. Sabía leer profundamente la realidad de la gente. Su paso por los distintos barrios generó en los vecinos el deseo de agruparse...Y así se crearon las comunidades que permanecen hasta el día de hoy".

EL PADRE CACHO: UN EJEMPLO INTERPELANTE

Martín Ponce de León

“Conclusión

Quisiera que tomáramos plena conciencia de quién es el clasificador y de qué hace.

No debe ser el chivo expiatorio de todos los males de la ciudad.-

Es un hombre, que sufre, espera, quiere y trabaja. Con su presencia en las calles de nuestra ciudad, mientras carga su carrito de “sobras” del consumo ciudadano, nos va anunciando un mundo reconciliado. Él nos recuerda, como agente ecológico que la Naturaleza gime por nuestro despilfarro y que la mayoría de la familia humana recoge las migajas.

Su dignidad herida nos llama a reconocerlo como trabajador, profeta y ciudadano.”

Isidro Alonso

13-11-1991

La vida de Cacho, del Padre Cacho o Padre Isidro Alonso, ha sido objeto ya de muchos relatos, digamos solamente que nació en 1929, se recibió como salesiano en 1959, y desarrolló 15 años su trabajo pastoral en el Norte del país. Después de una crisis pasa al Clero secular en 1976 y luego de estar unos meses viviendo en Parroquia Universitaria es asignado por Monseñor Parteli, ante su pedido de ir a algún barrio de la periferia, a la Parroquia de Possolo, desde donde trabajará con el barrio Casavalle por el resto de su vida. En Possolo estaba de párroco el Miguel Britos, a quien luego suceden Pablo Bonavía y Daniel Bazano. La Parroquia es su base de respaldo, pero rápidamente él se va a vivir directamente al Barrio a una sucesión de lugares en la zona hasta que la enfermedad (cáncer de esófago) lo obliga a volver, primero a la Parroquia, y luego al Hogar sacerdotal. Fallece en setiembre de 1992 y hasta hoy, su velatorio en Possolo y su entierro, recorriendo los barrios de Casavalle con su cuerpo en un carro de caballo con los mejores arreos y seguido por decenas de otros carros, hasta el Cementerio del Norte, es un acontecimiento de enorme significación en el país.- Años después, sus restos serán trasladados a una urna en la misma iglesia de Possolo, donde hasta hoy descansan.



De esos 33 años de sacerdocio hay cientos de testigos y testimonios y, afortunadamente muchas cosas escritas, todas ellas complementarias.¹

¹ Además de los libros, hay datos en Homenaje en CCRR el 10/set/2002. Ver Diario de Sesiones en: <http://www.parlamento.gub.uy/sesiones/AccesoSesiones.asp?Url=/sesiones/diarios/camara/html/20020910d0053.htm>

Pero prefiero ir a una reflexión más personal de lo que me tocó vivir en los años 90 al 92.

Cuando llegamos al gobierno de Montevideo con Tabaré Intendente en 1990, uno de los problemas de la ciudad era la enorme tensión existente con los carritos, entonces llamados de “hurgadores”, los que se encontraban prohibidos y habían sido objeto en los años previos de múltiples actos de represión, que nunca lograron desterrarlos.

La nueva Junta instalada, aprobó una autorización transitoria para buscar armonizar lo que eran inexorables realidades de la vida de la ciudad.

Fue buscando conocer esa problemática y esa estrategia de sobrevivencia, que el Padre Salvia nos habló primero, y nos hizo conocer después, a ese Padre Cacho, con el cuál él incluso se había ido a vivir durante un año. Allí conocimos la organización San Vicente, que era como el resumen aglutinante de una docena de años de trabajo en la zona, en los que ya Cacho había logrado articular con los propios vecinos cooperativas de vivienda donde sólo había casillas de lata en terreno ocupado. Había logrado obtener apoyo de zonas más pudientes, especialmente de Carrasco, para habilitar algunas compras y fondos que complementaran el trabajo de los vecinos. Había desarrollado hogares para niños y policlínica para la zona.

Tan peculiar era, y en gran medida sigue siendo en Casavalle, la vivencia de los carros y la clasificación de residuos, que “La Palmera” en ese momento en construcción, que incluía una pieza para Cacho, construía, paralelamente a los dormitorios, comedores y baños, las caballerizas de material para esos caballos que permitían el diario jornal.

Creamos, en el entonces departamento de Obras, un grupo de trabajo combinando asistentes sociales y funcionarios del sector Limpieza, y finalmente le pedimos a Cacho, en nombre del Intendente, que aceptara integrar una comisión sobre el tema junto a cuatro ediles pertenecientes a los cuatro partidos representados en la Junta (Washington Lauría, Cristina Ferro, Mortimer Valdez y Gustavo Penadés), así como la A/S. María Inés Cáceres, el Psic. Jorge Ferrando, la Arq. Magdalena Castro y los señores María Alfaro y Víctor Vila y que nos tocó presidir. Cuando le solicité a Cacho que aceptara su designación, tenía claro que no era hombre de aceptar formalidades, pero lo entendió como una forma de compromiso, había que lograr que el tema se entendiera y se encaminara y él allí podía aportar.

Desde octubre del 91 a abril del 92, dicha Comisión realizó 10 reuniones, asistiendo Cacho a 7 de ellas y excusándose en otra por encontrarse en Porto Alegre en una reunión en torno al tema de los clasificadores de residuos. Luego de haber escuchado en las primeras tres reuniones los informes internos de los técnicos municipales que venían trabajando en el tema, la Comisión dedicó la cuarta reunión a recibir, escuchar y conversar sobre un informe del trabajo de la Organización San Vicente con los clasificadores. Ese informe, de 12 páginas de una profundidad relevante y de plena vigencia actual en muchas de sus afirmaciones, tiene la redacción y la firma de la A/S. María Inés Cáceres, que junto con Cacho eran los dos integrantes de San Vicente en la Comisión. La opción de Cacho, fue escribir luego de la firma de María Inés, bajo su exclusiva responsabilidad, lo que tituló “Conclusión” y terminó con su firma, y que está transcripto al comienzo de este artículo.-

Así era Cacho de exigente en su vivencia cristiana con la firmeza con que nos interpelaba y nos sigue interpelando hoy en esa forma tan cruda de describir la realidad.

Pensemos hoy lo que significa llamar “profetas” a los clasificadores. La verdad innegable, es que sacan valor de lo que los demás descartamos y tiramos; y viven ellos y sus familias de un durísimo trabajo que incomoda a la vista y al tránsito, pero que despierta reacciones bien diferentes a cuando al tránsito lo incomoda un camión que transporta un contenedor o un auto que no respeta las normas.

Como en otros temas pasa con otros grupos marginados, cualquier falta de un clasificador se le atribuye a todos, como se generaliza con los juicios a los jóvenes o a los diferentes.

Lo que me sale del alma, al pensar en Cacho, es que su propia vida ha sido, y su memoria y presencia, siguen siendo, una exigencia y una interpelación a ocuparse de los más desvalidos, a ayudar a los que más dificultades tienen. Es interesante constatar que Cacho no desdeñó sino, por el contrario colaboró activamente con lo que podía ser una ayuda del sistema político y del Estado a encaminar un tema, pero eso, no sustituía, ni sustituyó nunca, a lo largo de su vida, esa profundamente cristiana exigencia de plantearse qué podía hacer él, aunque nadie más lo hiciera; de buscar esa conexión humana con el que más la necesita y para esquivar la cual la sociedad suele ofrecernos tantas excusas y barreras.-

De una reunión que organizó el CLAEH con varios sacerdotes, tomo un par de las frases de Cacho:

“ He visto señores profesionales quedarse perplejos, desorientados, y alguno, desanimado, ya no volver más...., es que una cosa son los papeles sobre los cuáles hemos volcado con tanta dedicación y claridad los caminos de la promoción y evangelización y otra más dinámica, sorprendente, cambiante y compleja, entreverada, la realidad: vida.”

“Yo no he escapado a esa sensación de frustración, cuando veía y veo que este camino no marcha, que tal principio al cual me había afiliado no funciona, de pronto la sensación de que todo es tan artificial que lo único que hemos hecho es un castillo de naipes y que en cualquier momento todo se derrumba.... y entonces con mucha paciencia he vuelto a empezar; creo que sin querer he dicho la palabra adecuada para este lugar: PACIENCIA, mucha PACIENCIA. Es que la liberación no existe, existe este hombre concreto con cara de viejo precoz, él también con una paciencia infinita, tirando del carro porque la Arriada le ha quitado el caballo...él ha venido esta noche a mi brasero y me ha dicho: vine a calentarme un poco porque siento el frío en el hueco de mis huesos”

Si a algo nos obligan los 20 años de la partida de Cacho es a hacernos dos preguntas: una personal y otra colectiva: la misma en los dos planos:

¿Qué estoy --estamos--, haciendo para ayudar desde cerca al que más necesita?

También lo podemos formular:

¿Qué estoy, --estamos--, haciendo para que los más infelices sean los más privilegiados?

Esa pelea por los más desvalidos, con PACIENCIA y con errores, pero perseverando siempre, fue lo que hizo Cacho durante toda su vida.

Por eso fue “santo”, fue “integrador, fue creador de protagonistas, fue tesonero y humano: empujaba, se equivocaba, seguía..., por sobre todo fue generoso: daba su primus o su ropa, su tiempo...

* Ingeniero Industrial Eléctrico, ex-Director de Obra en la Intendencia de Montevideo, ex-Subsecretario del Ministerio de Industria y Energía

CASILDA, LA OTRA PRESENCIA QUE SIGUE VIVA

*Lourdes Pérez y Mary Larrosa
Institución Teresiana*

Cuando se evoca la figura del Padre Cacho no es posible hacerlo sin recordar simultáneamente toda una constelación de personas muy diversas, profesionales, estudiantes, amas de casa, gente de iglesia y también no creyentes, que animados por el deseo de ayudar se fueron acercando a la zona, a los cuales Cacho recibió con brazos abiertos, y sin los cuales no habría podido hacer todo lo que hizo y lo que inspiró.

Entre estas personas descuella la figura de Casilda Aparicio, quien se incorporó tempranamente a la experiencia como colaboradora, y se fue integrando con un compromiso siempre creciente hasta trasladarse a vivir en el barrio y dedicarse totalmente al acompañamiento y promoción de todo lo que allí se iba suscitando. Cuando Cacho vive su Pascua, Casilda permanece muchos años más junto a los vecinos y el grupo de voluntarios, transformándose en una referencia ineludible para todos.

Entrañable mujer de presencia afable, esperanzadora, nace en España en 1939. Allí cursa estudios de magisterio y pedagogía y se incorpora a la Institución Teresiana, encarnando su carisma de diálogo entre la fe y las culturas al servicio de una sociedad más justa.

Llega a Montevideo en 1967, y los primeros años trabaja como maestra y directora en el Colegio Liceo Pedro Poveda. En 1973 se hace cargo de la residencia Universitaria de la Institución Teresiana, servicio que compatibiliza con estudios de administración de empresa. En esos tiempos difíciles de dictadura integró el equipo de interresidencias y la pastoral Juvenil, actuando como lazo de unión entre diversos sectores de la pastoral del momento. En 1979, en búsqueda de un cauce de acción social desde el Evangelio para las universitarias de la residencia, se puso en contacto con el P. Cacho que estaba entonces iniciando su actividad en la zona de Aparicio Saravia. Fue el comienzo de una larga y fecunda colaboración que habría de marcar significativamente su vida.

Como dijimos al principio, Casilda formó parte activa y destacada en el equipo de voluntarios que cooperó en esta experiencia de inserción y trabajo conjunto con los vecinos de la zona, y que con el tiempo daría lugar a la Organización San Vicente, hoy Obra Padre Cacho. Su compromiso con los más pobres fue profundizándose día a día en el contacto con la dura realidad que allí se vivía. Fue acompañando desde diversos servicios de educación no formal la constitución de comunidades, los procesos de construcción de viviendas, la génesis de distintas iniciativas de apoyo a necesidades que los mismos vecinos iban detectando. En 1985 se trasladó a vivir al hogar Santa Clara, en San Martín y Antillas, iniciativa del Padre Cacho para niñas de la zona que encontrarían allí una experiencia formativa de convivencia, inserta en la misma realidad de la que provenían. Casilda fue el alma de esa experiencia a la que dedicó muchos años de amor y dedicación facilitando la cooperación de muchas personas en ella. Desde allí fue ampliando su acompañamiento a los vecinos en la gestación de nuevas iniciativas para enfrentar los desafíos de cada momento.

Su sencilla presencia ayudaba a integrarse tanto a voluntarios llegados del extranjero como a jóvenes de diversos movimientos, también a seminaristas y religiosos/as, que realizaban experiencias de inserción en los distintos servicios del barrio. Promovió también la integración de estudiantes del



Liceo Pedro Poveda y de otros centros en instancias de recreación y educación. Contribuyó significativamente a la formación de equipos y a la elaboración de pensamiento en estrecha comunión con el P. Cacho, con los vecinos, y con los colaboradores en la Organización San Vicente. Promovió la coordinación con escuelas públicas, ONGs, y movimientos que fueron surgiendo en torno a experiencias similares en otros barrios de Montevideo. La idea de Cacho se iba plasmando en realidades concretas gracias a las personas que trabajaban con él. Casilda encarnó en grado muy alto esa inspiración, por su perfil discreto, su capacidad de escucha, su entrega incondicional. Y sobre todo por su permanencia. Pasaban los años, las circunstancias iban cambiando, y ella allí seguía. Después de la muerte de Cacho, con otros colaboradores y vecinos, mantuvo viva no solo su memoria sino también su modo de estar y concebir la acción en la zona.

Durante la dictadura Cacho conseguía recursos para los proyectos de la zona al principio de grupos locales como “Juntos Podemos”, y después de aportes del exterior. Finalizada esa etapa del país hay menos recursos externos disponibles, y gradualmente se fue abriendo la etapa de convenios con el Estado, tanto a nivel municipal como del MVOTMA para vivienda, como con INAME para el campo educativo. Son los últimos años de Cacho. Después de la desaparición física de éste, la Organización San Vicente continuará por estos derroteros. Casilda, siempre en unión con colaboradores y vecinos por su ser educadora con experiencia en educación formal y no formal, tuvo mucho que ver con estos convenios. Los servicios de apoyo escolar y liceal, que ya se realizaban en la zona, darán lugar a clubes de niños como los que se abrieron en San Vicente y Casa de Todos, y con el tiempo a centros juveniles; y guarderías que evolucionarán hacia los primeros CAIF. Ella estuvo en todos los grupos que dieron lugar y forma a estas iniciativas estatales. También formó parte de los ámbitos de realización de convenios a nivel municipal y ministerial para viviendas, siempre en pro de los más necesitados.

A nivel eclesial participó activamente en diversas experiencias de coordinación de pastoral social tanto en la zona como a nivel arquidiocesano. Siempre estaba allí donde se coordinaban esfuerzos, donde se articulaban experiencias, donde se podía sumar. Como Cacho buscaba integrar, compartir y aprender; siempre se sentía participando de algo que la trascendía, y cuyo alcance no conocía.

Muchas veces manifestaba su actitud de estar sin saber qué hacer, a la escucha de la voluntad de Dios manifestada en los vecinos. Más de una vez le tocó dar la cara por ellos en situaciones difíciles. En todo momento buscó por diversos caminos la promoción de las mujeres con quienes se sentía especialmente solidaria. En sus últimos años, afectada ya por la enfermedad, continuó como colaboradora y asesora del equipo que acompañaba a vecinos y técnicos de la Organización San Vicente-Obra Padre Cacho, que siempre encontraban en ella un referente y una voz autorizada que hablaba desde la fe, el amor y la experiencia.

Son muchos los que reconocen en Casilda un testimonio vivo de presencia evangélica entre los más pobres. Una presencia especialmente reveladora precisamente por su afán de no ser notada; su acogida, su serena fortaleza, su capacidad de permanecer junto al otro en las circunstancias más difíciles, su invencible esperanza.

Los vecinos hasta hoy sienten la presencia de Cacho en el barrio, “como uno más”, porque eso era lo que siempre había sido. Casilda también fue “una más” entre ellos.

Algunos testimonios

“Para mí personalmente, que viví muchos años con ella en el barrio, es un testimonio vivo del Evangelio por su dedicación y entrega, su coherencia, su lucidez sobre lo adecuado a cada momento y al mismo tiempo por su naturalidad, su ser normal. Decía más con su persona que con las palabras, hablaba mucho con gestos sin agobiar con largos discursos ni con prisas porque contaba mucho con los procesos y la dimensión de Misterio que atraviesa siempre lo humano. Ante los acontecimientos y las personas sabía confiar y esperar, e insistir con tesón hasta lograr lo que más humanizara a cada una. (Lourdes Pérez)

Otros testimonios sobre Casilda recogidos por Rosario Alves y publicados en la Revista Umbrales:

- *Damos gracias al Señor por **su profunda sensibilidad** hacia las situaciones de pobreza y marginación de las personas y los grupos humanos, y por su apuesta, real y continua, por poner sus capacidades personales y los procesos educativos al servicio del cambio de las condiciones de vida.*
- *Su fe, su trabajo, su sonrisa, su abrazo, su ayuda, su preocupación, su amor... **todo era vida en ella.***
- *Ella fue **testimonio de Dios** revelándose en nuestras historias personales.*
- *Ahí estaba Cristo manifestándose en Casilda, porque de tanto sonreír, mirar, llevar la paz, acompañarnos como Cristo se lo pedía, se fue haciendo una con Él, hasta traerlo en medio de nosotros. Por eso, pensando en Casilda **es más fácil creer en Dios.** Porque con ella Jesús irrumpía en nuestras vidas,*

LA ORGANIZACIÓN SAN VICENTE DESDE CACHO A NUESTROS DÍAS

Adolfo Amexeiras

El nacimiento

La presencia de Cacho despertó en los vecinos una serie de potencialidades que generaron múltiples iniciativas y emprendimientos que, con el tiempo, se fueron complejizando. Esta realidad llevó a ver la necesidad de dar una organicidad al conjunto de las tareas, a fin de asegurar su continuidad en el tiempo. Así a finales de 1987 en una asamblea de vecinos y colaboradores, presidida por Cacho, se funda la Organización San Vicente cuyo primer presidente será Cacho.

La continuidad

La muerte de Cacho (4/09/92) plantea un desafío a la Organización, pues si bien Cacho no era un manda más, su forma de presencia en el barrio y su relación con los vecinos lo constituían en el referente natural de la misma.

Se trataba de continuar el sueño, que ya era una realidad, sin su presencia física. Comenzaba un tiempo nuevo. Más allá del dolor y desconcierto iniciales, y no sin tensiones, se continuó el camino emprendido buscando mantener el espíritu que le imprimiera Cacho. Clave en este momento fue la presencia de Casilda Aparicio, consagrada teresiana, integrada desde varios años atrás en el barrio, que impulsó este proceso.



Ante todo se buscó dar continuidad a los proyectos en marcha: talleres, guarderías, cooperativas de vivienda, apoyo a los clasificadores.

Más adelante, ante los cambios constantes en la situación económica, social y política fue necesario emprender caminos nuevos. La financiación exterior que permitió, en tiempos de dictadura, viabilizar los primeros proyectos se fue cortando. Entonces se comenzaron a realizar convenios con diferentes organismos del Estado, que permitieron no solo continuar lo que estaba en marcha sino también emprender nuevas realizaciones. Así nacen: Centros CAIF, clubes de niños y de jóvenes; se continúa con la construcción de viviendas y se desarrollan emprendimientos laborales con clasificadores.

Todo esto ha sido posible gracias a los vecinos y a los que trabajan en la Organización, y a pesar de que la gran mayoría no conocieron personalmente a Cacho están compenetrados de su espíritu y su mística.

El tiempo ha cambiado, aquella semilla que sembró Cacho se ha vuelto una planta. Los desafíos son grandes, pero hay uno que es el principal y constante: cómo mantener la mística que impulsó a Cacho en su acercarse y comprometerse con los más pobres, acompañándolos, no para imponerles una solución o un modelo de vida, sino para avivar y encender en ellos una esperanza que los hiciera recuperar su dignidad humana. Se trata de mantener el espíritu que le dio vida e identidad.

El hoy

Son 25 años de camino, la realidad cambió y se complejizó haciendo necesario que la Organización se adaptase a la misma.

Hoy funciona en torno a tres grandes áreas de trabajo:

- *Educación:* Comprende cuatro centros CAIF, dos clubes de niños y un club de jóvenes en convenio con el INAU, que atienden más de 200 niños y jóvenes en interacción con sus familias.

- *Vivienda:* Mantiene el apoyo a los proyectos culminados (ocho cooperativas de viviendas) y acompaña el proceso educativo social de nuevos grupos o de proyectos de realojo promovidos por el Estado.

- *Clasificadores:* Continúa acompañando los emprendimientos que se han formado (gestión de residuos en dos shoppings, limpieza de la planta industrial de Conaprole, levante de residuos a los clasificadores...) y sigue promoviendo procesos educativos con nuevos grupos y la posibilidad de nuevos emprendimientos.



Todo esto exige la tarea de un equipo de coordinación que la anime y evite la dispersión.

Evidentemente ha habido grandes cambios desde la época de Cacho al hoy, pero persiste su espíritu de compromiso con los más pobres desde la cercanía.

ENTREVISTA AL PADRE CACHO LA PALABRA HABITADA

armado Mercedes Clara

A Cacho no le gustaban las entrevistas. Después de varios intentos la periodista Graciela Salsamendi, del programa radial *Testimonios*, consigue convencerlo. La cita fue en mayo de 1988 en el rancho de Cacho. Con calidez y profundidad la periodista crea un clima donde la palabra encuentra espacio para crecer en esa intensidad tan particular que Cacho imprime a todo lo que dice. Es que su palabra está habitada por el silencio de la práctica y la contemplación. Su palabra viene después, como intento de nombrar, explicar, de interrogarse a sí mismo y al mundo. Compartimos la transcripción de este encuentro que acerca la mirada de Cacho y nos llena de preguntas.

Una voz que quema dentro

- *Todo el barrio habla de vos, estás en la boca de toda la gente de la zona... Ellos lo dicen "el Padre Cacho es el alma". "El Padre Cacho me hizo cambiar". "A través de su experiencia yo cambié". "El haberlo conocido, las conversaciones, el trabajo..." Esther, por ejemplo, me llegó a decir: "yo me dividí en dos partes, antes que llegara el Padre Cacho y después, porque no sabía lo que era la solidaridad, no me acercaba a un vecino".*

- Yo creo que no es que esta vecina no conocía lo que era la solidaridad antes, más bien no conocía la esperanza. Es decir, la falta de esperanza y el nacimiento de la esperanza. Yo dividiría así la cosa. La esperanza es lo que divide dos épocas, no porque el vecino acá sea un desesperado. Desesperado es aquel que es un desesperanzado... Uno que tuvo esperanza y la perdió. No, acá la gente nació sin esperanza. De pronto de una semillita empieza a nacer la esperanza.

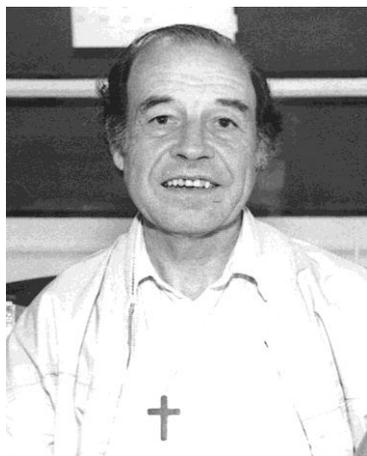
- *A mí siempre me parece bien empezar por los principios, y aunque uno siempre rechace hablar de uno mismo, a veces es bueno para ubicar a la gente y comprometer a la gente también a través de una experiencia personal. Me parecería muy valioso que contaras cómo fue tu propia vida, en qué hogar te criaste y qué trayecto fuiste haciendo que te fue llevando cada vez más a esta zona, yo te diría hasta del mundo...*

- Antes quisiera decir que siempre cuando me veo ante un micrófono, dudo, hablar no hablar, callarse o gritar. Pero llega un momento en que uno siente que hay una voz que le quema adentro. Lo dice el profeta en la Biblia: "¡Cómo callar si tu voz me quema adentro!". Ya lo he dicho varias veces, pero lo repito porque no quiero que se tomen mis palabras como algo personal, como algo que se refiere exclusivamente a mi persona, sino que esa voz que me quema adentro es la voz de los pobres de esta zona, que yo quiero ampliarla, quiero amplificarla. Y esa voz es la voz que yo siento todos los días del pobre que sufre. Esa voz es problema todos los días, es hambre todos los días. Esa voz son los niños desnutridos, los niños que cuando les damos de comer lo hacen con tremenda avidez hasta hinchar su pequeño estómago. Y la voz esa que quiero ampliar es de las madres que sufren y que muchas veces me dicen "y a quién vamos a acudir, usted es el que está a mano." Como me decía una señora anoche "no quiero molestarle pero mi problema es dónde quedarme esta noche con mi hijito". Uno se pregunta muchas cosas, pero no hay que perder tiempo en preguntas. Hay que actuar rápidamente.

Una cruzada nacional

Tú me decías recién que quisieras que hablara de dónde arranca esto. Yo pienso que no se trata de algo especial. Todos los uruguayos tenemos que sentir esto. Es como en una familia tener al hermanito o al hijo más chiquito, más pequeño, gravemente enfermo. Cómo podemos dormir tranquilos, estar tranquilos, conformarnos con que esto es así... "Ya habrá quién se ocupe de ellos"; yo, mientras tanto, vivo en un nivel y en una situación desahogada, cómoda. Trabajo, tengo mi sueldo, mi pensión -podrán decir muchos- y allá en Aparicio Saravia hay un cinturón de pobreza y de miseria.

Los datos oficiales son impresionantes. Un 10% de la ciudad vive en extrema pobreza. En primer lugar no me siento un ser diferente que está haciendo algo que nadie hace. Sí hay actitudes diferentes: actitud de indiferencia, actitud de solidaridad, actitud de ignorancia, y a veces hasta la actitud del uso, y esa nos toca a todos un poco. Porque el pobre acá produce. El pobre acá ahorra divisas, porque la gran mayoría de esta zona son recolectores y el recolector está manteniendo la industria del papel, del metal, del plástico, del vidrio, entonces usamos al pobre. Y hay otros usos del pobre. Como te digo, la actitud de indiferencia puede ser la más fea, la más cruel. La actitud de ignorancia es un pecado de omisión. Tenemos que saber con quiénes convivimos, quiénes son los otros miembros de nuestro pueblo, nuestros conciudadanos, nuestros hermanos.



¿Tú quieres que yo arranque desde el principio? Te diría que también nací en un rancho. La casa de mi papá y mi mamá era de zinc. Mi papá era panadero. Mi mamá era lavandera. Éramos siete hermanos y en casa había necesidad, había hambre pero había mucho amor. Te diría que nunca viví -siendo niño- la extrema pobreza, la pobreza que veo acá. Y la veo crecer, la veo agudizarse. La pobreza aumenta numérica y cualitativamente. Uno puede sentir cierta esperanza cuando ve crecer a la gente, como Esther te decía que ella aprendió a ser solidaria... Yo creo que lo que aprendió es a quererse a sí misma, porque nuestros vecinos están hartos de desprecio, hartos de indiferencia, hartos de miradas enjuiciadoras. Yo siento tantos juicios sobre nuestra gente, tantas preguntas que son agravios. Como cuando te preguntan: "¿y... esa gente empieza a trabajar o no?"

Tantos agravios como cuando hay juicios rápidos. Cuando te hablaba de actitudes faltaba ésta, actitud de prejuicio. Y te dicen "viven así porque les gusta". Decir que una familia vive en un rancho porque le gusta es un insulto. No todas las personas tienen las mismas actitudes, pero hay muchas actitudes de prejuicio y éstas lastiman mucho. Ésas hacen que nuestra gente, nuestro pueblo pobre no sienta estima por sí mismo. Pero cuando empieza a descubrir que tiene valores porque hay alguien que aprecia esos valores, que le da testimonio del valor que siente, que ama en ellos, entonces la cosa empieza a cambiar. Cuando la cosa empieza a cambiar uno cree que se está combatiendo al hambre, que el enemigo retrocede. Sin embargo no es así. Y eso es lo que alarma. Uno quisiera decir que vamos avanzando, que vamos para adelante. Pero el cúmulo de problemas es enorme, los ranchos se multiplican. Parece que hubiera como una competencia. Tenemos al pobre ahí y no queremos que nadie lo ayude sino que un sector solo va a ser solidario, con soluciones a medias, para que no le sirva de bandera a nadie, o no le sirva de bandera a otros.

Yo creo que esto tiene que ser una cruzada nacional. Tenemos hermanos nuestros que están viviendo de una manera que no puede ser, que no se tolera, que la naturaleza humana no lo tolera, ni un minuto más, ni una hora más. Es un estado de emergencia. Eso nos embarca a todos. Claro que tiene que haber una comprensión de las causas profundas de esto. Hemos montado una "máquina de hacer pobres". Y mientras esa máquina no se desmantele va a seguir el sufrimiento, la pobreza, el hambre...

Todos somos culpables

El otro día me contaba un Padre, que mientras velaban al Padre Carlitos Fabre, fuera del Templo de la Parroquia de Colón -fue una Misa de cuerpo presente- se sentían gritos de "asesino". La policía estaba reconstruyendo el crimen y él sentía algo inexplicable, una mezcla de dolor y... Yo le decía "te comprendo porque te dolían las dos vidas, la vida de Carlitos Fabre -que yo lo quiero mucho porque fue alumno mío- y la vida de aquel joven, que con la cabeza gacha, con el mentón clavado en el pecho, con las manos esposadas, pasó entre aquella fila de espectadores que le gritaban". Pero en la figura de aquel muchacho estábamos todos. Todos matamos a Carlitos, mientras sigamos en un estado de indiferencia. Después viene el desprecio, después viene el deseo de venganza, después viene el deseo de poner diques materiales. Pero ese muchacho, que era de acá, de la zona, es igual a cantidad de muchachos que yo veo todos los días, y muchachos que han pasado por este hogar, por esta casita que tenemos en Aparicio. Un muchacho, una mezcla de sentimientos, una capacidad de amar tremenda, un deseo de vivir, un deseo de encontrar una puerta, de encontrar una salida a una situación que está cerrada. Nosotros los encajonamos, los embretamos hacia eso que llaman delincuencia. Hay delincuentes que sí han visto muchas salidas, y algunas grandes salidas. Han encontrado algunas puertas muy amplias que se les han abierto, muy luminosas, y sin embargo son delincuentes. Y otros muchachitos -que son miles- viven acá como en una gran cárcel, no se les abre ni siquiera una puertita, que podría llamarse UTU, que podría llamarse Escuela Industrial, que podría llamarse trabajo, que se podría llamar aprendizaje informal de algo, que se podría llamar contratación... En fin, no sé. Yo quisiera dejar un mensaje de esperanza.

- El ejemplo que tú dabas recién del sacerdote amigo y ex alumno es válido porque se escucha en muchos lugares gente que desconoce la zona, que nunca la miró a la zona, pero que oyó que este sacerdote, Carlitos, estaba, trabajaba, compartía, con la gente más olvidada de la sociedad, con los pobres, y toda esa gente está comentando escandalizada que un muchacho de la zona lo mata a él... Me parece importante que sacaste el tema porque es muy concreto y muy específico y habla de una violencia. Me gustaría que especificaras un poco más, o que expresaras lo más claramente que pudieras lo que pensás acerca de esa forma de violencia, incluso hacia alguien que supuestamente la gente no sabe mucho, estaba con ellos, con un muchacho así.

- Yo pienso que estamos viviendo en una sociedad tremendamente violenta. Respiramos la violencia, es una atmósfera, es nuestro aire, un aire enrarecido. Pero violencia es el niño que yo veo que decae y que está desnutrido; el niño que viene descalzo a pedirme un pan viejo. Violencia es la televisión. Violencia es los medios de prensa. Violencia es el hombre del carrito en la calle, es violentado. Está siendo violado todos los días porque no tiene leyes que lo amparen, no tiene salario, no tiene jornal, no tiene seguros de ninguna especie, no tiene leyes de salud, y sin embargo es obrero. Ese hombre sufre la violencia todos los días. Pienso que sí son puntos culminantes, como la muerte de Carlitos, pero no creo que lo mató ese muchacho. Creo que lo matamos todos en la medida en que estamos aceptando todo este orden de cosas, o desorden de cosas. Cómo señalar sólo una violencia, que si se quiere es consecuencia de un espiral de violencia que nace en responsabilidades, que nace en decisiones, que nace en medios de poder. En fin, no sé si te contesté.

Una escuela de humanidad

- Cacho, vos un día te viniste a esta zona, no vivías en esta zona. Hablá un poco cómo fue, lo que te fue llevando a decidir. Te viniste a un ranchito, en condiciones físicas tan precarias como las de los vecinos...

- Te digo que el llamado lo sentí siempre, desde niño. Mi padre cultivó en todos nosotros una gran sensibilidad por el prójimo, también mamá, pero sobre todo mi papá. Yo sentí desde niño como un llamado, el llamado de los pobres, que para mí era el mismo llamado de Dios. Él me llamaba en ellos. Ese "venir a" me llevó muchos años. Tal vez el Señor me estaba preparando para este encuentro que por fin se hizo realidad y ya lleva once años. Y este encuentro me ha cambiado. Yo siento que ya no soy el mismo.

- *¿En qué no sos el mismo?*

- No soy el mismo porque he aprendido muchas cosas. Pero he aprendido sin libros; he aprendido sin lecciones; he aprendido sin conferencias; he aprendido sin pizarrones, sin aulas... Y mi maestro ha sido el pobre, que a veces te amasija pero para tu bien. Es una escuela de humanidad; es una escuela de solidaridad; es una escuela de amor. Y es una escuela de cruz también, pero de ahí nace la vida. Por eso me siento muy feliz. Y si bien sufro con el sufrimiento de mis vecinos, que tienen rostro, que tienen nombre, tienen historia, al mismo tiempo no podría vivir fuera de este lugar. Por eso me vine, como respondiendo a un llamado.

- *Cuando se toca el tema de la pobreza, sea a nivel de los medios de comunicación, sea a nivel de la caridad, ayuda asistencial, siempre se habla del pobre como de un ser distinto, casi como si se hablara de un incapaz, cuando se supone que se está hablando bien del pobre, cuando no se dice que es sucio, que es ladrón, hablo de la pobreza extrema... En el mejor de los casos se habla en términos paternales como frente a un niño incapaz o una persona discapacitada. Y creo que es importante romper con esta imagen de ser distinto y me gustaría que hablaras de eso a través de alguna anécdota, de situaciones que has vivido, del humor de la gente, de la forma de festejar alguna cosa, de estar alegres o de equivocarse también. No sé vos qué pensás, pero yo supongo que se equivoca, vive y siente, solamente que muy condicionado por un medio muy hostil, pero es el mismo ser humano que vive en los llamados barrios... Sobre esto quisiera que hablaras un poquito.*

- Creo que en el pobre reside la esperanza de un mundo nuevo, de un hombre nuevo. Allí va a nacer; allí está naciendo. Cuando ese hombre se sienta liberado; y yo tengo muchas pruebas de eso. Cuando tú nombrabas recién a una vecina, yo te podría nombrar doscientas, de una fuerza tremenda, de una fe que traslada montañas. Se han puesto su barrio a los hombros. Acá se habla mucho de barrios, se habla mucho de comunidades -cada asentamiento precario es una comunidad- signo también de que la esperanza ha nacido y de que ha nacido también la valoración de sí mismo. Porque por ahí es que nace la cosa. El pobre empieza a valorarse a sí mismo, por encima de esa imagen que no es propia, que se la proyectan, que se la atribuyen, que es la imagen que fabrica la sociedad del pobre. Eso no quita que haya personas que han caído o las han tirado de una forma tan profunda que están como quebradas, que están como impotentes para salir de una situación injusta. Y necesitan una o dos manos, necesitan la ayuda inmediata, urgente y que sobreabunde la ayuda sobre ellos. Pero, por ejemplo, te puedo decir que lo otro se nota más. Las personas que tienen fuerza para ayudar a sus vecinos, para empezar pequeñas organizaciones barriales.

Tú me decías recién que me ibas a buscar al Plenario del Movide, porque los viernes tenemos Plenario, y justo yo no fui hoy. El Movide es una federación de cantegriles que nace del mismo pobre y donde va descubriendo su fuerza. Ojalá nunca el Movide sea utilizado por ninguna fuerza política. Por ahora es la misma voz de los cantegriles, la misma voz del pobre, del extremo pobre, y te está hablando de una dignidad reconocida y conquistada, que sigue luchando palmo a palmo para hacer conocer sus derechos, después de haberlos reconocido en sí mismo. Hacerlos respetar, hacer que sean tenidos en cuenta. Todo eso te habla de otra imagen. Generalmente se toma a la persona que-

brada, aquella que no tiene fuerzas para salir de la extrema pobreza, porque es la víctima número uno de la situación, de esa máquina que te decía antes que fabrica pobres. Una sociedad donde hay que luchar para vivir no es justa, no es humana. Cuando al hombre de clase media se le pregunta "¿y... amigo, cómo anda? Dice "siempre en la lucha". Entonces ese hombre de clase media, a veces empleado con buenos sueldos, con su coche y su casa, dice "siempre en la lucha", a veces sólo para mantener su nivel de vida con muchas comodidades, pero dice "siempre en la lucha". Te está hablando de una sociedad injusta. No tendría que haber lucha. "Y... siempre conviviendo con los hermanos". "Y aquí gozando de la familia", tendría que ser la respuesta en una sociedad donde no haya postergados, sumergidos, quebrados, desahuciados.

La causa de los pobres

- Pensaba en otras personas que también sintieron como tú el llamado –como tú decías- en Uruguay y en otros países de América Latina, por nombrar a alguno, en Brasil, en Guatemala... Existe una discusión entre vos, por ejemplo, y otros de esos cristianos, que consideran que ser cristiano es un acto de amor, de solidaridad y de hermandad. Existe la comunicación, el intercambio de vivencias, por no hablar de experiencias.

- Yo no discuto con nadie. Yo lucho con mis vecinos por ir venciendo los enemigos del hombre: el hambre, la falta de amor, la injusticia, la desocupación, la falta de oportunidades en el campo de la educación, la falta de salud, dando respuestas a todo lo que acá es reclamo, es grito. Yo pienso que ser cristiano es encarnarse como Cristo. Cristo, Dios se hace hombre en Él, en Jesús. A eso lo llamamos Misterio de la Encarnación de Dios. Dios no se transformó en algo que le permitía decir "ahora estoy en una situación mejor", sino que se transformó para decir "ahora estoy en una situación peor" que era la humana. Y dentro de las situaciones humanas eligió la peor. No dijo "ahora me transformé en humano, pero en la corte del Rey". Sino que eligió de las situaciones humanas la peor, la del pobre. Y esa es la vocación cristiana. Asumir la causa de Cristo, responder a su llamado, ser su discípulo, es encarnarse en situaciones siempre peores. Encarnarse significa "asumir la causa de". Es "sentir en carne propia la situación de". Por eso pienso que no se trata de discutir sino de ser.

Tú me hablabas de América Latina. Yo he visto cristianos en muchas partes de América Latina -y el sacerdote es un cristiano más-, los he visto vivir en favelas, por ejemplo, en villas miserias. He compartido con ellos estando de visita, su vida, sus vecinos. Y esos vecinos me han resultado de una calidez cristiana tremenda, y he comparado –con dolor, pero he comparado- nuestros pobres, nuestros vecinos, son víctimas de una injusticia más todavía. Se les ha arrancado hasta la fe, la esperanza. Voy a decir algo muy fuerte, pero lo digo con dolor porque me siento profundamente uruguayo. Al pobre uruguayo se le arrancado hasta su fe en nombre de una neutralidad muy mal interpretada. Porque yo para no imponerle una comida a uno que tiene que comer, no puedo privarlo de toda comida. Yo veo que en nuestro pueblo hay una miseria moral tremenda que le impide reconocer en él la dignidad de hijo de Dios, que le impide en él reconocer su dignidad humana. Por eso digo que el pobre uruguayo ha sido de los pobres más despojados de América Latina.

- Dijiste al comienzo que el mal que hay a nivel del despojo se agranda, se multiplica si hablamos de lo que es fuente de trabajo, aumento de los llamados cantegriles... Y vos y otros como vos o parecidos a vos, por caminos iguales o distintos, eligen esta manera de ser compartiendo y viviendo, buscando las soluciones de todas las maneras posibles. Pero si al mismo tiempo sabemos que no va a haber una voluntad, si hablamos en términos de infraestructura, de predisposición de los hombres que dirigen la vida social, política y económica de un país, en éste notoriamente no hay voluntad de ningún cambio... Y los males de los que padece el Tercer Mundo acá se sienten con ferocidad y crecen. Tú y otros,

seguramente demasiado pocos, están haciendo una elección de vida, siendo verdaderamente hombres, pero la infraestructura de un país, dirigida por políticos, parlamentarios, los hombres de las finanzas, el comercio, todo apunta a que esto que se está multiplicando con una velocidad que aterroriza, aumenta todavía mucho más. ¿Qué se puede hacer? (...) Yo te pregunto, cómo ves vos, para mañana, para pasado mañana, conociendo esos datos que no son inventados, son reales, de futuro de país o de sociedad.

- Te comparo lo que tú me decís con la situación que vive la humanidad entera ante la creación de las armas atómicas. El hombre ha sido inconsciente, montó una máquina y ahora siente temor, pero sigue siendo irresponsable. Yo diría que nuestros políticos siguen siendo irresponsables en la medida en que con toda sinceridad, sin ningún uso de interés, busquen soluciones porque la máquina sigue montada y sigue matando gente. Tú me hablabas de que no hay voluntad política de cambio. Yo voy a decir lo mismo de otra forma, digo que sigue la irresponsabilidad. El gran temor tiene que ser que esta máquina infernal mate al pueblo, seamos un pueblo cada vez más estéril con una calidad de vida cada vez menor, en todo sentido. Calidad de vida yo le llamo a la capacidad de amor, de encuentro, de fraternidad, de solidaridad, de esperanza, de fe y de crecimiento. "Creced y multiplicaos", dice el Señor en la Biblia. "Y dominad el mundo", no dice "dominad a vuestros hermanos". Siempre el que está arriba domina al que está abajo. Esa posición de arriba y abajo es antibíblica. En lugar de un dominio de la materia, de la tierra, de la cimiento, del grano, del pan, los hombres nos hemos dedicado a dominar a nuestros semejantes. Hemos construido pirámides de poder, donde hay una base muy grande, muy amplia de dominados y después se va achicando. No sé si te respondí.

Despertar el poder

- Me respondiste, sí. Decías al comienzo, cuando pintabas un poco la situación de abandono en que se dejó a los vecinos de la zona, y de muchas de otras zonas, por no hablar del país, que no querías dejar un mensaje sin esperanza.

- Sí, que yo siento mucha alegría y mucha esperanza en este lugar porque me la transmiten los vecinos. Porque hay mucho amor, mucho cariño, mucha amistad, y porque me van comunicando los descubrimientos como los puede hacer un niño extasiado ante algo nuevo. Así por ejemplo varios vecinos nos hemos juntado para ver si podemos hacer una cooperativa de consumo. Otro día comunicarme la alegría de que la guardería para niños que se está construyendo dio un gran paso porque todos los vecinos fueron a hacer la planchada el domingo pasado. O comunicarme que hubo elecciones en tal comunidad y se eligió a los vecinos con conformidad de todos y la cosa acabó en una fiesta. Son todas pequeñas cosas que ayudan a ver que se puede ir saliendo. Pero la salida es el encuentro del hombre con su imagen propia, auténtica, esa imagen llena de dignidad, llena de valor, imagen de Dios al fin.

- Hay otra pregunta que te quería hacer pero la quiero conversar contigo...

(Corte en la grabación)

- El poder es un hecho, es real, y Dios nos comunica el poder. La fuente del poder viene de Dios. Pero el hombre lo ejercita mal. El poder tendría que ser de brazos clavados como los de Cristo y manos abiertas. Un poder siempre dispuesto a servir y eso acarrea sufrimiento. Lo aceptás o lo rechazás. Si lo rechazás, o te quedás con el otro poder que aplasta, que domina, o te quedás sin poder, lo cual es muy difícil. Si tenés el poder que te da la misma gente, tenés el poder que te viene de haberte podido educar, de haber podido tener oportunidades que otros no han tenido. El poder te viene de haber sido bien nutrido desde tu infancia. El poder te viene de una salud que no ha sido sometida a pruebas

extremas. No podemos negarlo. Pero eso lo ponemos al servicio de nuestros hermanos o lo utilizamos para aplastar a los demás, para provecho propio. Creo que por ahí va la cosa.

- La última pregunta, que más que una pregunta es un cuestionamiento que siempre me hago a mí misma por eso te lo planteo. ¿Te has sentido muchas veces, o es parte de esta vida, momentos en que te preguntás cómo resolver determinadas cosas, y pueden ser muy variadas y de distinta intensidad, desde materiales hasta cómo utilizar ese poder a veces, en situaciones de decisión? ¿Se te han planteado conflictos a lo largo de tu experiencia?

- Claro, eso nos obliga continuamente a repensar, a examinar, analizar nuestras actitudes, nuestras decisiones. Claro, sí, es siempre una tentación. Pero al mismo tiempo hay cosas que te bajan al piso, sufrimientos, incomprensiones, golpes duros.

VATICANO II: MILAGRO HACE 50 AÑOS HOY

Pablo Dabezies

Estuve allí aquella mañana del 11 de octubre de 1962. Como tantísimos otros, en la plaza San Pedro, apretados, estirando el cuello para ver el momento en que, saliendo por el *portone di bronzo* del llamado Palacio apostólico, comenzara a desfilarse la larga procesión de más de dos mil obispos de todo el mundo. Ciertamente, faltaban muchos que algunos regímenes del socialismo real mantenían presos o no habían dejado viajar (luego unos cuantos conseguirían hacerlo). Y claro, todos esperábamos que apareciera el profeta, el que dejando hablar al Espíritu había convocado un concilio ante la sorpresa de todos y el desconcierto de muchos. Y lo había sacado adelante contra viento y marea. Hoy se sabe que por muy diversas razones, por un lado, los principales cardenales y obispos alemanes habían pedido en mayo al papa dilatar el tiempo de la apertura; y por el otro, ¡el 10 de octubre!, el que luego sería secretario del Concilio, mons. Felici, manifestó a Juan XXIII lo peligroso que sería comenzar y le comunicó su gran temor de que se produjera una crisis o un bloqueo. El papa le replica tajantemente que “el Concilio tendrá éxito” (testimonio del propio Felici).

Trabajosa preparación

En verdad no recuerdo si el tiempo estaba lindo o no en el habitualmente hermoso octubre romano. “Mañana gris”, leo ahora en una de las crónicas de ese día. Pero bueno, esperábamos que pasara Juan XXIII, como se usaba en aquellos tiempos en la silla gestatoria (esa especie de versión picapiedra –tracción a sangre- de los actuales papamóviles. Acerca del uso de la silla gestatoria él dijo una vez que le preguntaron sobre su anacronismo: “si no la uso nadie me ve, porque soy bajo”). Estaba bastante cerca y me pareció que su rostro era el de alguien cansado pero firme y concentrado. Desde hace un tiempo también sabemos que a esa altura ya sabía que tenía un cáncer de pílora, del que habían muerto algunos de sus familiares.



La preparación había sido dura y el fuerte impulso que había resonado en San Pablo Extramuros el 25 de enero de 1959 se había ido enfriando en los trabajos preparatorios de la Curia romana y las Comisiones creadas. Rodearon de un tal secreto sus trabajos que algunos episcopados comenzaron a preocuparse y hacer llegar sus inquietudes a Roma. Después de tres años de dilaciones de la Comisión preparatoria central, Juan XXIII decide retomar la iniciativa y en la Navidad de 1961 convoca el concilio para el año próximo, y cuarenta días después fija la fecha para el 11 de octubre. Y en mayo pide que se informe adecuadamente a los obispos. Le harán caso el 13 de julio con el envío de los primeros siete esquemas ya elaborados. En unos de sus numerosos discursos Roncalli calificó esos primeros tres años como tiempo de “alegría y también de algunos sufrimientos” (28/10/62).

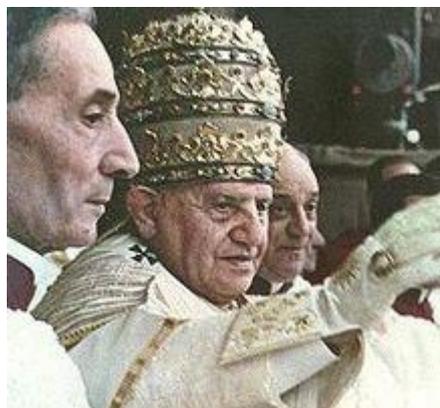
La imagen del concilio era otra cosa que estaba en juego. En algún momento, quienes desde temprano quisieron quitar importancia a la iniciativa del Papa Juan y de ser posible condicionarla, comentaron que con Pío XII se había ya hablado de la convocatoria de un concilio. El futuro cardenal Ruffini, arzobispo de Palermo y uno de los líderes de la minoría conciliar, se atribuía en 1959 el haber transmitido esa inquietud a Pío XII al inicio de su pontificado. Se sabe que en audiencia conjunta con el cardenal Ottaviani, secretario del Santo Oficio, lograron que el 15 de marzo de 1948 se constituyera

una comisión restringida de consultores para la discusión de una hipótesis de concilio que hubiera debido recapitular todas las condenas desde Pío X en adelante, y tal vez proclamarlas en una sesión pública (conclusiva del Vaticano I o con otro nombre) en el inminente año jubilar de 1950. En todo caso, Roncalli no se inspiró en esa iniciativa. Su impulso conciliar, que él califica como “fruto espontáneo de una primavera imprevista”, puede haber estado alimentado por su experiencia como delegado apostólico en Turquía y Bulgaria, en contacto con el mundo ortodoxo que por los años 20 y 30 vivió una serie de iniciativas en ese sentido. Y por haber conocido los intentos de crear una “Sociedad de Iglesias”, por esos mismos años, imitando la recién creada Sociedad de Naciones.

Pero la voluntad de Juan XXIII, influenciado o no, por estas últimas iniciativas, fue la de llevar adelante un concilio “distinto”. Se lo verá en su fundamental discurso inaugural, *Gaudet Mater Ecclesia* (Goza la Madre Iglesia), sobre el que volveré enseguida. Pero también en otros gestos que a veces pasan desapercibidos. Buscando colocar su concilio en una línea histórica, para lo cual estaba la posibilidad de los cuatrocientos años del de Trento en 1963, o los casi 20 años desde el final de la segunda guerra, Roncalli elige como referencia el medio siglo que separa al Vaticano II de la campaña antimodernista.

El discurso-programa

Apenas pronunciado, el discurso inaugural de Juan XXIII, tuvo una enorme repercusión. Y a medida que han pasado los años se ha ido convirtiendo en una referencia ineludible para orientarse en la discusión acerca de la interpretación del Vaticano II. Digan lo que digan, allí está lo que el papa Juan quería de su concilio y proponía a los obispos (e Iglesias) del mundo. Como dicen quienes lo han estudiado a fondo, más que un programa concreto, es un camino abierto y un espíritu a vivir (la página mercaba.org/JUAN%20XXIII/gaudet_mater_ecclesia.htm lo ofrece en castellano).



Vemos lo medular de su contenido de la mano del historiador y teólogo Alberto Melloni, uno de los mayores especialistas actuales en Juan XXIII y el Vaticano II, de su obra “Papa Giovanni. Un cristiano e il suo concilio” (2009, de quien he tomado muchas de las informaciones anteriores).

“Cuando la mañana del 11 el papa pronuncia su discurso, su propósito es ‘decir todo’, y eso es exactamente lo que pasa desde más de un punto de vista. La alocución toma posición sobre todas las cuestiones que el papa Roncalli logra no reducir a los modelos intransigentes (moderno-antimoderno, continuidad-discontinuidad, autoridad-rebelión) [...] Y en este sentido, hay que notar la sencillez con la que Juan XXIII sale de los modelos en que se había expresado hasta entonces la autoridad del papa. No ordena sino que libera energías. Rompiendo con la cultura del enemigo, Roncalli dibuja una Iglesia que cree cumplir su deber condenando cosas para nada inéditas. Las llama “insinuaciones”, en una página muy trabajada, cuando se estudian las redacciones sucesivas:

‘A veces nos hieren el oído insinuaciones de almas que aunque ardientes de celo no poseen en abundancia el sentido de la discreción y la medida. En los tiempos modernos, no ven más que maldades y ruinas. Van repitiendo que nuestro tiempo, en comparación con el pasado, no ha hecho más que empeorar, y se comportan como si no hubieran aprendido nada de la historia, que es maestra de vida. Dicen que en los tiempos de los Concilios Ecuménicos precedentes todo marchaba de manera completamente triunfal con respecto a la vida cristiana y a su concepción, lo mismo que con relación a la justa libertad religiosa. Pero a Nos nos parece que debemos disentir de estos profetas de calamidades, que anuncian acontecimientos siempre infaustos como si estuviera por llegar el fin del mundo’.

Para el papa Juan no existió esa época de oro de la Iglesia en la historia del mundo que el medievalismo había imaginado, el sueño del Estado católico y del régimen cristiano que se hubiera ido degradando hasta la modernidad. Por el contrario, siente que la tarea ante la cual se encuentra la Iglesia y él mismo es la de leer los signos de los tiempos, o sea, esa trama profunda en la que el ojo espiritual logra descubrir el despuntar de 'un nuevo orden de relaciones humanas', que llama a la Iglesia a su primera vocación:

'Nuestro deber no es tanto el de custodiar este precioso tesoro, como si nos preocupáramos únicamente de la antigüedad, sino el de dedicarnos con solícita voluntad y sin temor a la obra que exige nuestra época... El *punctum saliens* de este Concilio no es pues la discusión de un artículo u otro de la doctrina fundamental de la Iglesia, repitiendo profusamente la enseñanza de los Padres y de los Teólogos antiguos y modernos, lo que se supone que está siempre bien presente en nuestro espíritu. Para esto no se necesitaba un Concilio. Pero de esta renovada, serena y tranquila adhesión a toda la enseñanza... el espíritu cristiano, católico y apostólico del mundo entero espera un *salto adelante* [se ha traducido en general *paso adelante*] hacia la penetración doctrinal y la formación de las conciencias'.

El 'salto adelante' de la Iglesia es posible solamente si va junto con una penetración más profunda del Evangelio y del misterio de la misma Iglesia. No se trata de un 'proyecto', y tampoco una movilización como las del tiempo de la omnipotencia concluido poco antes. Se trata por el contrario de una reflexión sobre la forma de la revelación, en la que ciertamente existe un depósito intangible, que sin embargo no agota el nudo de su 'revestimiento', entendido como lo que lo vuelve comunicable:

'Una es la substancia de la antigua doctrina del *depositum fidei*, y otra es la formulación de su revestimiento. Y es lo que debemos tener muy en cuenta, con paciencia si es necesario, siguiendo en todas las formas y propuestas de un magisterio de carácter prevalentemente pastoral'.

Pastoral pues, como carácter del magisterio y nota teológica del ministerio. Indicación liberadora porque deja fuera de juego casi todo lo que en la preparación juzgó que las metáforas roncallianas de la Iglesia-jardín y de la Iglesia-fuente eran solo formas poéticas de expresarse. [...] Pastoral es la respuesta a un tiempo nuevo que compromete la fidelidad sponsal de la Iglesia:

'En nuestros días, sin embargo, la Esposa de Cristo, prefiere usar la medicina de la misericordia antes que la de la severidad. Juzga que debe ir al encuentro de las necesidades de hoy mostrando la validez de su doctrina más que usando la condena'.

La reprobación sin piedad de los profetas de calamidades, intérpretes de una apocalíptica barata que contradice la confianza evangélica, la solemne fórmula sobre la medicina de la misericordia preferida a las armas de la severidad, la distinción entre substancia y forma de comunicación de la doctrina, la visión de la unidad como construcción dinámica y no embudo del retorno, la pastoralidad como nota teológica cualificante, y la imagen del salto adelante como lo que es propio de un concilio, todas estas piezas se unen en el discurso-mosaico en el que Roncalli da todo y lo mejor del papa del concilio que quiere ser. [Para que la asamblea] tenga éxito es que el papa pronuncia la *Gaudet*, renunciando a intervenir sobre los mecanismos institucionales del concilio, pero también a ceder a la mera pasividad ceremonial. Con la *Gaudet*, el papa arriesga personalmente sobre temas que quemar".

Hoy, agradecidos, nos preguntamos cómo estamos asumiendo, custodiando, y haciendo camino según este espíritu del papa Juan y del Vaticano II

EL XIII SÍNODO DE OBIPOS 7 al 28 de octubre

Pablo Dabezies

En los días que aparece nuestra Carta comenzará los trabajos la XIII asamblea general ordinaria del Sínodo de Obispos, con el tema “La Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana”.

Esta estructura de colegialidad en el gobierno de la Iglesia, aunque tiene un papel solamente consultivo, fue creada por el papa Pablo VI en setiembre de 1965, hacia el final del Vaticano II, respondiendo al deseo manifestado por los Padres conciliares. La opinión de estos se iba inclinando por la constitución de un organismo episcopal que fuera deliberativo, pero el papa no juzgó oportuno dar ese paso. Sobre esta imagen canónica se estructuraron luego todos los organismos de participación en la toma de decisiones en la Iglesia, desde los más abarcativos (los episcopales), hasta por ejemplo los consejos parroquiales.

La primera asamblea general se desarrolló por estas mismas fechas en 1967, y su tema revela ya tempranamente cuáles eran las preocupaciones que predominaban en Roma a menos de dos años de finalizado el concilio: “Preservación y fortalecimiento de la fe católica, su integridad, su fuerza, su desarrollo, su coherencia doctrinal e histórica”. El mismo año 67 fue declarado por Pablo VI “Año de la Fe” y sus catequesis de entonces mostraban una creciente alarma ante los que se juzgaban frutos no deseados del Vaticano II. Sobre todo en Europa. No está de más recordar que para unirse a la convocatoria del papa, la Conferencia Episcopal Uruguay (CEU) publicó una carta pastoral en que presenta “una concepción de la fe que permite al cristiano situarse en la historia y asumir sus responsabilidades [...] una concepción del Cristianismo, la conciliar, según la cual el cristiano, en virtud de su fe, es un fermento transformador de la sociedad y no un freno constante a todo tipo de cambio”. Este juicio pertenece al editorialista de “Perspectivas de Diálogo” 19 (muy posiblemente Juan Luis Segundo) y contrasta drásticamente con las críticas que este documento levantó en filas conservadoras (sobre todo por el tratamiento de la división entre los cristianos y de la violencia).



Estos recuerdos vienen al caso porque parece repetirse una coyuntura similar (incluido el mensaje de la CEU de agosto pasado; ver en <http://iglesiacatolica.org.uy/documentos-ceu/2012/>), ya que en los días del presente Sínodo, el 11 de octubre, cincuentenario de la inauguración del Vaticano II, comenzará el “Año de la Fe” convocado por Benedicto XVI. La convocatoria tiene motivaciones parecidas a las del año 67, en cuanto los documentos preparatorios al Sínodo hacen hincapié especial en los problemas de la Iglesia en Europa: crisis de pertenencia, secularización, pérdida de influencia en la sociedad, disminución del clero, desafección por el magisterio, etc. Y los

textos vaticanos destinados al “Año de la Fe” insisten de manera muy marcada en lo que tiene que ver con los contenidos de la primera virtud teológica más que con el acto mismo de creer, remitiendo a los documentos conciliares, pero sobre todo al Catecismo de la Iglesia Católica...

Para terminar con estos aspectos introductorios y no tanto, digamos que el delegado elegido por la CEU al Sínodo es mons. Milton Troccoli, y que también participará entre los obispos designados directamente por el papa, mons. Alberto Sanguinetti. Se trata de la XIII sesión ordinaria, pero ha habido dos extraordinarias (1969 y 1985) y doce especiales para las distintas regiones del mundo o casos particulares (Holanda, 1980; 2 para Europa, 1991 y 1999; 2 para África, 1994 y 2009; para América, 1997; para Asia, 1998; para Oceanía, 1998; para el Líbano, 1995, y para Tierra Santa, 2010).

Los documentos preparatorios

Como es habitual ha existido una consulta previa, lanzada en febrero de 2011 con un documento llamado "Lineamenta" (una especie de primer borrador, con agregado de preguntas), difundido abiertamente y al que debían responder los obispos, los superiores mayores de congregaciones, y podían hacerlo organismos o personas interesadas. A partir de allí, se elaboró el "Instrumentum laboris" (documento de trabajo), que trataremos de analizar aquí, limitadamente, ya que se trata de un texto de más de 60 páginas.

Adhiero en general a la observación crítica de conjunto que hace Ramón Ibeas Larrañaga, teólogo laico del MIIC-Pax Romana del País Vasco: "Se supone que el documento previo al Sínodo es un recopilatorio reordenado y elaborado, de las propuestas que se han recogido en el período de consultas y, la verdad, que todo el episcopado coincida en sus preocupaciones con las preocupaciones del Papa no supone ningún problema, pero que no aparezcan otras puede llevar a pensar que estamos ante un documento doctrinal con un presupuesto: impulsar una "Nueva evangelización" de un cuño particular. Respetable, pero no suficientemente colegiado en una Iglesia que se define universal y por tanto católica. Estamos ante un documento en el que se asumen tal cual se han expresado en otros foros, las preocupaciones del Papa y de la Curia para, a partir de ahí, y en segundo lugar, recoger las preocupaciones de parte del episcopado europeo, y a partir de ahí las del resto de los obispos cuando estos coinciden en lo fundamental con el planteamiento subyacente en el documento. Creo que el Sínodo puede verse en el compromiso de decidir si acepta o no una lectura parcial de lo que está ocurriendo en el mundo lo que tiene consecuencias importantes en las propuestas evangelizadoras".

Encare del "Instrumentum laboris"

Como ya dije, no es fácil sintetizar los planteos de un texto tan largo. En todo caso, está articulado en una introducción, cuatro capítulos y una conclusión. Los capítulos son descritos así por el mismo documento: "Un primer capítulo ["Jesucristo, Evangelio de Dios para el hombre"] está dedicado al redescubrimiento del corazón de la evangelización, es decir, a la experiencia de la fe cristiana: el encuentro con Jesucristo, Evangelio de Dios Padre para el hombre [...]. En el segundo ["Tiempo de nueva evangelización"], el texto desarrolla una reflexión sobre el discernimiento que ha de ser concentrado sobre las transformaciones que están influenciando nuestro modo de vivir la fe, y que inciden en nuestras comunidades cristianas. [...] En el tercer capítulo ["Transmitir la fe"] se hace un análisis de los lugares fundamentales, de los instrumentos, de los sujetos y de las acciones a los cuales la fe cristiana es transmitida: la liturgia, la catequesis y la caridad. [...] En el cuarto y último capítulo ["Reavivar la acción pastoral] se discute de los sectores de la acción pastoral específicamente dedicados al anuncio del Evangelio y a la transmisión de la fe" (n. 17). Todo termina con un llamado a la esperanza y a la alegría de evangelizar cuyo fundamento es Jesucristo.

¿"Nueva" evangelización?

El "Instrumento" ofrece múltiples descripciones de este concepto ya viejo en América Latina, pero que ha sido propuesto nuevamente, por el papa Benedicto, y sobre todo para Europa, o para el Primer Mundo (n. 13), o para el "Occidente Cristiano" (n. 86-87), como también se dice de manera más bien ambigua y anacrónica. O también países de "antigua cristianización" (n. 13) o "de tradición cristiana" (n. 44). A pesar de esta insistencia se hace a veces referencia a países e iglesias "jóvenes", a los que también amenaza la secularización, sobre todo en las grandes ciudades. Como lo nota acertadamente el P. Antoine Sondag, asesor del Secours Catholique (la Caritas francesa), "la geografía que subyace en el texto es extremadamente sumaria, no tiene en cuenta la diversidad cultural del mundo actual". Para concluir con el carácter "europeo" del encare del Sínodo, llama la atención el parecido

del “Instrumento” con la respuesta de las Conferencias Episcopales Católicas de Europa, aunque el tono de esta sea menos pesimista.

Volviendo al concepto de “nueva evangelización”, y precisamente a su carácter de “nueva”, las fórmulas son muchas, desde la inaugural de Juan Pablo II en Haití (“nueva en su ardor, nueva en sus métodos, nueva en sus expresiones”-1983) hasta otras como “Es necesario ofrecer una respuesta a este particular momento de crisis, que afecta también la vida cristiana; la Iglesia debe saber encontrar en este momento histórico especial un estímulo ulterior para dar razón de la esperanza que anuncia (cf. 1P 3,15). El término “nueva evangelización” evoca la exigencia de una renovada modalidad de anuncio, sobre todo para aquellos que viven en un contexto, como el actual, en el cual el desarrollo de la secularización ha dejado fuertes huellas también en países de tradición cristiana” (n. 44). O también, tal vez la más clara: “Nueva evangelización significa dar una respuesta adecuada a los signos de los tiempos, a las necesidades de los hombres y de los pueblos de hoy, a los nuevos escenarios que muestran la cultura a través de la cual expresamos nuestra identidad y buscamos el sentido de nuestras existencias. Nueva evangelización significa promoción de una cultura más profundamente radicada en el Evangelio” (n.164; cf. n. 6). Pero todo el documento fluctúa en sus descripciones y llama a llegar a un acuerdo (los obispos europeos piden que se dé una definición precisa).

“Nueva” ¿para qué realidad?

Una de las debilidades más notorias del documento, a mi parecer, es su superficial y genérico análisis de la realidad del mundo de hoy que desafía, como en cada época desde hace dos mil años, la vivencia y anuncio de la Buena Noticia de Jesús. Es esta una tendencia marcada en los documentos de la Iglesia de un tiempo para acá, que contrasta nitidamente con los de décadas pasadas, cuando la atención y la búsqueda por conocer las situaciones concretas en que los cristianos comparten su vida con todos era mucho mayor y constante.

Existe sin embargo un intento de algo parecido: se reafirma que “la nueva evangelización es la capacidad de parte de la Iglesia de vivir en modo renovado la propia experiencia comunitaria de la fe y del anuncio dentro de las nuevas situaciones culturales que se han creado en estas últimas décadas”, que han significado “procesos de debilitamiento de las tradiciones y de las instituciones” (n. 47). Y se señalan las “huellas” de este clima en “toda la Iglesia”: “debilidad de la vida de fe de las comunidades cristianas, disminución del reconocimiento de la autoridad del magisterio, privatización de la pertenencia a la Iglesia, reducción de la práctica religiosa, falta de empeño en la transmisión de la propia fe a las nuevas generaciones” (48). El análisis de lo que está detrás de este clima se desarrolla en los numerales 52 a 67 en lo que denominan “escenarios de la nueva evangelización”. Que serían 7. Los enumeramos y poco más.



Los escenarios

El primero, considerado “escenario cultural de fondo” es la dinámica secularizadora”, propia sobre todo del occidente, que ha asumido en nuestros días “un tono débil que ha permitido a esta forma cultural invadir la vida cotidiana de las personas y desarrollar una mentalidad en la cual Dios está, de hecho, ausente”, y que influye incluso en el “comportamiento habitual de los cristianos” Lleva a for-

mas de “espiritualidad individualista o bien de neopaganismo, hasta llegar a la imposición de un clima general de relativismo”. Sin embargo se considera positiva la confrontación de la fe con los buscadores de la verdad que no creen (n. 52-54).

El “segundo escenario, más social: el gran fenómeno migratorio”. Unido a la secularización, genera un “clima de extrema fluidez, dentro del cual hay siempre menos espacio para las grandes tradiciones, incluidas aquellas religiosas”. A ello está vinculado el ambiguo fenómeno de la “globalización”, sobre el que se invita a un profundo discernimiento (n. 55).

El tercer escenario es el económico, muchas veces causa del anterior, generador de tensiones y violencias por las desigualdades cada vez mayores entre las naciones y en su seno mismo. Aunque la Iglesia haya dicho y hecho mucho en este terreno, la actual crisis hace que se espere mucho más de ella (n. 56).

“Un cuarto escenario indicado es el político”. Desde los tiempos del Vaticano II ha cambiado mucho, con la crisis del comunismo y el surgimiento de nuevos actores, como el mundo islámico y el asiático. Se constatan varias urgencias: “el empeño por la paz, el desarrollo y la liberación de los pueblos; una mejor regulación internacional y una interacción de los gobiernos nacionales; una investigación de formas posibles de escucha, convivencia, diálogo y colaboración entre las diversas culturas y religiones; la defensa de los derechos humanos y de los pueblos, sobre todo de las minorías; la promoción de los más débiles; la salvaguardia de la creación y el empeño por el futuro de nuestro planeta” (n. 57).

“Un quinto escenario es el de la investigación científica y tecnológica”, con todos sus efectos positivos, pero también con los riesgos de convertirse en los “nuevos ídolos” de hoy (n. 58).

Al sexto se lo denomina “escenario comunicativo” y se desarrolla en cuatro numerales. A la descripción de las potencialidades que ofrece para el anuncio de Evangelio se agrega la advertencia sobre los riesgos así descritos: “profunda atención egocéntrica [...] exaltación emotiva de las relaciones y de los vínculos sociales [...] debilitamiento y la pérdida de valor objetivo de experiencias profundamente humanas, como la reflexión y el silencio [...] reducción progresiva de la ética y la política a instrumentos de espectáculo [En fin], la cultura de lo efímero, de lo inmediato, de la apariencia, una sociedad incapaz de memoria y de futuro” (n. 59-62).

El séptimo, tratado también en cuatro numerales (63-66), es llamado el “escenario religioso”, y el análisis se detiene únicamente en el “retorno al sentido religioso y la exigencia multiforme de espiritualidad que caracteriza muchas culturas y en particular las generaciones más jóvenes”. Pero enseña se advierte de los riesgos de una experiencia emotiva y poco liberadora, de los fundamentalismos y derivas sectarias, así como de la tentación del contagio en los métodos de evangelización en ciertos grupos católicos. Se echa mucho de menos un análisis un poco más ajustado y complejo de este escenario teniendo en cuenta la cantidad de estudios disponibles sobre la reconfiguración actual de lo religioso.

En definitiva, por más que haya algunos otros elementos dispersos aquí y allá en el texto, la mirada es bastante superficial y muy determinada por las preocupaciones de la Iglesia. Predominan las grandes palabras como secularización relativismo, hedonismo, consumismo, nihilismo, neopaganismo... Esto parece corresponderse con lo que el documento llama “primado de la fe” (n. 92) y lo que yo llamaría reservas con respecto a su dimensión social.

Entre la fe y la caridad

El “Instrumentum” mismo se encarga de señalar el estrecho vínculo existente entre el Sínodo y el Año de la Fe. De allí que se dedique amplio espacio, en el capítulo III, a proponer lo que se afirma

como “primado de la fe”. Y cuando se habla de la fe, se refiere sobre todo a “los contenidos esenciales, los cuales desde hace siglos constituyen el patrimonio de todos los creyentes, tienen necesidad de ser confirmados y profundizados de manera siempre nueva [...] Existe el riesgo que la fe, que introduce a la vida de comunión con Dios y permite el ingreso en su Iglesia, no sea comprendida en su sentido profundo” (n. 93-94). Sin embargo, en el capítulo I, hay una clara insistencia en la fe como adhesión personal a Jesucristo, el Jesús Hijo de Dios de los Evangelios en esta búsqueda de una nueva evangelización (n. 18-24). Así resalta la importancia que se da también aquí al Catecismo de la Iglesia Católica (n. 100ss) y el papel clave que debe jugar, junto con la preocupación con la falta de claridad en los contenidos de la fe en muchos cristianos, hasta llegar a lo que se designa como “apostasía silenciosa”. Dígase lo mismo de la insistencia en la recta doctrina al hablar de catequesis, y una afirmación que suena muy extraña para nuestros días que parece ir en el mismo sentido: se registra la “preocupación” por una “delegación cada vez más difundida de la catequesis a los laicos” (n. 109). Llama la atención este primado concedido a esta dimensión de la fe, hasta proponer una especie de camino que va de la fe en las verdades a la adhesión del corazón y no al revés: “la adhesión al contenido de la fe se transforma en actitud, decisión de seguir a Jesús y de conformar la propia vida a la suya” (n. 101).

Al mismo tiempo, en varios pasajes queda la sensación de que lo referente al ejercicio de la caridad, sobre todo en dimensión colectiva, queda como en un segundo plano, y con reservas acerca de él. Así lo piensa el aporte de Caritas Internacional: “En los documentos presentados por la Secretaría del Sínodo –Lineamenta e Instrumentum laboris- se hacen frecuentes alusiones al amor fraterno, a la entrega cuidadosa hacia los pobres, a la importancia del testimonio, a la necesidad de que la Iglesia anuncie lo que es y vive, pero no se hace referencia alguna al ejercicio organizado de la caridad, como si la caridad fuera una cuestión individual y no tarea de toda la comunidad, como si no fuera toda la comunidad la que debe anunciar el evangelio desde la experiencia de la caridad”. Y nuestro mismo documento reconoce que varias respuestas episcopales piden que se ponga más insistencia en este aspecto (n. 71). Que en este sentido está lejos de las tajantes afirmaciones de los Sínodos de 1971, sobre todo, en que el compromiso por la justicia es visto como constitutivo de la evangelización, o integrante de la misma (1974). Y por añadir un apunte más, no es nada fácil interpretar la repetida expresión “el anuncio del Evangelio es una cuestión, ante todo, espiritual” (n. 39-40).

¿Cuáles obstáculos para la evangelización? ¿Autocrítica?

Hay que reconocer que al menos en dos pasajes, el documento reconoce los obstáculos que para la nueva evangelización y la misma vida de fe de muchos bautizados, hasta provocar su alejamiento de la comunidad, significan realidades y actitudes en la Iglesia misma. Así, en el n. 69: una “excesiva burocratización de las estructuras eclesiales [...] lejanas al hombre común y a sus preocupaciones esenciales [...] celebraciones litúrgicas formales y de ritos repetidos casi por costumbre [...] el testimonio contrario de algunos de sus miembros (infidelidad a la vocación, escándalos, poca sensibilidad por los problemas del hombre contemporáneo y del mundo actual)”. Aunque se agrega enseguida que no hay que olvidar la obra del demonio. Y en el n. 95 se agrega: una “fe vivida en modo privado y pasivo; la inadvertencia de la necesidad de una educación de la propia fe; una separación entre la fe y la vida”. Y desde fuera de la Iglesia: “el consumismo y el hedonismo; el nihilismo cultural; la cerrazón a la trascendencia”. En verdad cuesta creer que no se tengan en cuenta explícitamente los gravísimos escándalos de la pederastia y su tratamiento hasta hace poco en la Iglesia; los manejos financieros carentes de transparencia y los enfrentamientos curiales por el poder. De varios lados se está reclamando una dosis de humildad para plantear la evangelización, y el ejercicio de una mirada más compasiva y comprensiva hacia el mundo, que con igual derecho podría elaborar una pintura poco halagüeña de la Iglesia. Y que no haya la mínima observación crítica sobre quienes tienen autocrítica en la comunidad católica y la manera como la ejercen.

Y en el fondo y sobre todo.

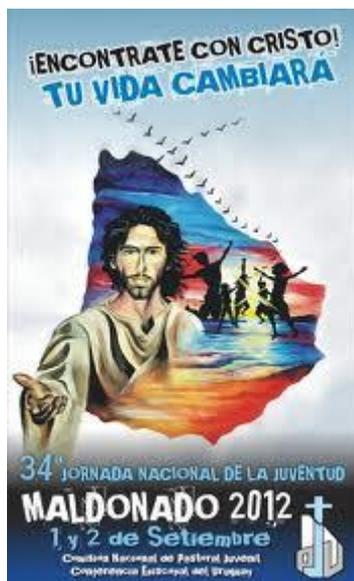
A mi juicio, sin embargo, la gran carencia del documento de trabajo es el no replantearse la evangelización desde la raíz. Hace ya tiempo, sobre todo en determinadas áreas, que la Iglesia se ve cada vez más confrontada a un dilema fundamental: ¿vamos a seguir planteándonos las cosas como intentos por recuperar pasados idealizados, protagonismos y privilegios que no volverán, poderes que gracias a Dios hemos perdido? ¿Reiterando lo mismo con nuevos ropajes? ¿O nos resolveremos a abandonar toda lógica de cristiandad, y pensar y vivir nuestro ser cristiano, nuestra misión como un humilde y abierto servicio a toda la humanidad, con una confianza despojada puesta únicamente en el Señor Jesús? Esperamos que en el Sínodo haya voces que expresen algo parecido, para que así, como dice el documento en la conclusión, se abran cauces para la esperanza y la alegría. Según el camino que impulsó el Vaticano II, que ahora parece detenido, cuando justamente el Sínodo se reúne para conmemorar los 50 años de su apertura.

34ª JORNADA NACIONAL DE LA JUVENTUD ENCUENTROS QUE VALEN LA PENA

Magdalena Martínez

El pasado 1 y 2 de setiembre en Maldonado tuvo lugar la 34ª Jornada Nacional de la Juventud (JNJ), organizada por la Comisión Nacional de Pastoral Juvenil, de la Conferencia Episcopal Uruguaya (CNPJ). Las jornadas nacionales son un instrumento pastoral originado en 1979, cuando la realidad social uruguaya era otra y cuando las iglesias eran casi el único espacio de participación posible. Hoy, a más de 30 años de aquella primera jornada realizada en Montevideo, este instrumento continúa utilizándose.

Si bien se ha celebrado todos los años desde su origen, la Jornada Nacional de la Juventud (JNJ) no toma todos los años este carácter de concentración única de todos los jóvenes del país. Guiados siempre por un mismo tema, bajo un mismo lema, y con la misma canción y afiche motivadores, la JNJ se celebra a nivel diocesano algunos años, y otros (cada 3 o 4 años, según el caso) a nivel nacional. Tal fue el caso de esta jornada realizada en Maldonado con la participación de unos 4000 jóvenes de todo el país.



Lo que sucedió en Maldonado

La 34ª JNJ tuvo como lema **“Encontrate con Cristo, tu vida cambiará”**. La certeza que se expresaba era que el encuentro con Jesús transforma, y que transforma para que seamos felices. El texto bíblico que guió la dinámica de toda la jornada fue el del ciego de Jericó (Mc 10, 46-52). No sólo se leyó y reflexionó en el trabajo de los grupos del sábado de tarde; sino que se promovió en la misma jornada ese encuentro con Jesús, ya sea en la vigilia o en los momentos de oración. Momentos que fueron aprovechados y disfrutados por los que allí estaban.

Esta JNJ fue la segunda jornada de concentración única que se realizó en dos días (la primera fue la de 2008 en Tacuarembó, en conmemoración de los 30 años de la PJ nacional). Un evento de este tipo implica una organización mayor por parte de la CNPJ y la diócesis locataria, organización que se lució con creces en este caso. Para quienes participamos en varias de jornadas nacionales de concentración única, esto llamó gratamente la atención, tanto que en broma decíamos que no parecía uruguaya. Cada detalle estuvo pensado, en cuanto al campamento (en el parque Jagüel), a la alimentación, al darnos un vaso de agua al llegar de la caminata. Los horarios se ve que fueron muy bien estudiados porque se respetaron al máximo. Una calidez en la bienvenida y en cada servicio prestado que no fue para nada menor a la hora de generar el clima fraterno que creo es el sello de esta jornada.

Cabe resaltar de esta 34ª JNJ algunos momentos vividos: la vigilia de la noche del sábado, con el posterior fogón, y el gesto en la playa en la mañana del domingo, con posterior caminata al Campus de Maldonado (donde se realizaron la mayoría de las actividades). Así como los jóvenes podían gritar y agitar en el fogón y en la caminata, del mismo modo generaban fácilmente el clima de oración y celebración en la vigilia y en la playa. Si a veces pensamos que los jóvenes no responden, quizás sea porque no nos animamos a hacerles las propuestas.

En el sitio web de la Comisión Nacional de la Pastoral Juvenil (dentro del sitio web de la CEU) se puede encontrar más información y material de la 34ª JNJ, tanto el material previo como los ecos posteriores y fotos: <http://iglesiaticolica.org.uy/comision-nacional-de-pastoral-juvenil/>

Un instrumento que sigue valiendo la pena

En 2008, el P. Horacio Penengo, sdb, escribió en el Boletín Salesiano, con motivo de la 30ª Jornada Nacional de la Juventud (que se realizaría en setiembre de ese mismo año en Tacuarembó), un artículo sobre la historia de estas jornadas. En ese artículo Horacio terminaba diciendo:

“Sin duda, las Jornadas Nacionales de la Juventud van a continuar... Quienes hemos tenido la gracia de ser parte activa del proceso de preparación y realización de muchas de ellas, seguimos creyendo hoy en su potencial evangelizador, porque abre espacio a los jóvenes en comunidades eclesiales conformadas mayoritariamente por adultos, porque permite expresar ‘las nuevas formas celebrativas de la fe propias de la cultura de los jóvenes’ y porque son una manera concreta de seguir renovando ‘de manera eficaz y realista la opción preferencial por los jóvenes y dar un nuevo impulso a la Pastoral Juvenil en las comunidades eclesiales’”.

En Maldonado, mientras participaba de esta 34ª JNJ, me preguntaba cómo un instrumento generado hace tantos años, en circunstancias tan distintas, podía seguir teniendo éxito, podía seguir valiendo la pena. No participé de aquellas primeras jornadas, pero puedo suponer que fueron bien distintas a la de este año, como también fue distinta la de 1996 en Carmelo, la primera en la que estuve.

Cambia la realidad del país. Cambian los jóvenes. Cambian sus intereses, sus modos de expresarse... ¿Qué es entonces lo constante que hace de las Jornadas Nacionales un instrumento todavía válido?

Ni que hablar que creo que Jesús sigue valiendo la pena, que su propuesta sigue diciendo algo a los jóvenes, que les presenta un estilo de vida comprometido, exigente, pero ante todo lleno de felicidad. Pero creo que también mueve esa energía de la juventud, esas ganas de expresarse, de encontrarse con otros y manifestarse. Y eso está buenísimo. Y está buenísimo que pueda darse en un clima fraterno, de respeto, como el que se dio en Maldonado ese fin de semana. A la pregunta de qué era lo que más les había gustado de la jornada, los jóvenes a los que acompañaba me respondieron: “la onda”. Es que se respiraba muy buena onda. Se respiraba alegría.

Las JNJ mantienen año a año la consigna de tener un lema, un afiche, una canción, materiales de trabajo previo; mantienen un esquema de bienvenida, trabajo en grupos, celebraciones. Pero hoy se difunde todo por mail, por sitios web, por facebook. Hoy cantamos nuevas y viejas canciones a ritmo de rock y hacemos pogo. Hoy conocemos gente nueva que sabemos que vamos a seguir en contacto porque las buscamos luego en algunas de las tantas redes sociales.



Entonces sí, hay cosas que cambian, pero siguen siendo, como decía Horacio, un espacio para que los jóvenes puedan expresar su fe a su manera, con su estilo propio de celebrar y festejar. Siguen siendo espacios de encuentro, de decirle “algo” a la sociedad, de “hacerse ver” en el buen sentido. Y siguen siendo una manera de que la Iglesia les dé a los jóvenes un lugar, no sólo para expresarse, sino también para decir cosas, porque tienen mucho que decir. En definitiva, las jornadas nacionales de la juventud son encuentros que, aun, valen la pena.

VIGOR, BELLEZA Y AUDACIA EN LA VIDA ESPIRITUAL LA INVITACIÓN DE TERESA DE JESÚS

Carolina Mancini
Institución Teresiana

En octubre Santa Teresa invita... ¿Qué tuvo esta santa que cuando se la conoce un poco, convoca y atrae? Monja de enorme vitalidad tildada de “fémica inquieta y andariega” a modo de reproche; mujer afectiva e intensa que dejó que Dios tomara toda su persona sufriendo arduos procesos hasta integrar una espiritualidad madura que la convierte por experiencia en “maestra” de otros; conocedora de la entraña de su tiempo desafiado por la Reforma Protestante y capaz de respuestas pequeñas, evangélicas, audaces como la Reforma de su Orden, es Teresa de Jesús (1515-1582) alguien con algo que decir aún hoy. ¿Qué tiene para ofrecernos una monja de hace cinco siglos a laicos de nuestro tiempo?

Mujer toda de Dios y plenamente humana, dedicada a la contemplación y a la acción en un mundo que se sentía urgido de transformación: *“estése ardiendo el mundo, no es tiempo de negocios de poca monta”*, Teresa discernía cuál podía ser ese aporte esencial, procurando vivirlo en fidelidad ella misma primero y por su testimonio, contagiando a otros: *“como me vi mujer y ruin... determiné hacer eso poquito que yo puedo y es en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese”* (CP 1,2)

VIGOR... *“mientras pudiéreis, no estéis sin tan buen amigo”* CP 26. 1-3

Teresa de Jesús comparte un camino que no es solo creer en Dios sino experimentarlo, porque con Él “podemos tener conversación”, entablar una relación, en la que lo vamos descubriendo y nos vamos conociendo a la vez. Su primer gran aporte es vivir este “vigor” en la vida espiritual que descubre la oración como encuentro de amistad en una espiritualidad liberadora y siempre capaz de crecimiento.

Lo importante es sentirse en búsqueda, contactar el deseo profundo de la existencia, el anhelo de mayor bien, mayor amor, mayor compromiso. “Mi alma tiene sed del Dios vivo” –dice el salmo-. Para Teresa esa “sed” busca de muchos modos pero solo se sacia en “la fuente” que es Dios mismo y su oferta de “Agua Viva”: *“Todos caminamos para esta fuente, aunque de diferentes maneras. Pues creedme vosotras, y no os engañe nadie en mostraros otro camino sino el de la oración...”* (CP 21, 6)

Muchas personas hoy tienen “sed” de algo más, pero no aciertan a descubrir que es Dios el que puede saciarla. El desencuentro entre institución religiosa y cultura, muchas veces desasocia esta posibilidad. Aún nosotros, creyentes, muchas veces no saciamos esa sed plenamente porque no buscamos en la fuente adecuada una mayor intimidad con Dios. Teresa invita a la oración, es maestra de oración y nos lleva pedagógicamente por caminos de aventura espiritual transitados antes por ella misma. Su pluma se vuelve provocación a una experiencia propia, ánimo que conforta e invita, y horizonte siempre posible ante este Dios bueno que ella descubre como “Mejor amigo” que no deja de conquistarnos, porque el Dios que ayuda a conocer Teresa es un Dios que nos gana afectivamente.

Otro aporte teresiano es que esta experiencia es posible si cultivamos la interioridad como lugar. No es excluyente de la exterioridad como ámbito donde concretar la existencia. El mundo interior no es un refugio atrincherado donde escondernos de la vida sino un lugar profundo donde justamente ponerla a salvo en el espacio sosegado del encuentro con Dios. En el imaginario teresiano la persona es como un castillo con muchas moradas, y en la más íntima y profunda habita Dios mismo. Muchas veces vivimos desparramados, haciendo cosas buenas, pero sin visitar ese “buen lugar” tan suyo y tan nuestro. Aunque Dios está en todas partes, Teresa invita a “entrar” a la habitación más interior porque allí *“pasan cosas de mucho secreto entre Dios y el alma”* (M 1, 13). Este “secreto” tiene que

ver con esa sutil comunicación del Espíritu donde Dios *“enseña al alma y la habla sin hablar”* –dirá la santa- aludiendo a esa forma peculiar en la que Dios invita, llama, dice, consuela, perdona y sin saber cómo, no dudamos que es cosa de Él esa vivencia.

Pero a veces no nos disponemos a entrar. *“La puerta es la oración”* –dice Teresa- y nos cuesta perseverar. Nos quedamos en *“la ronda del castillo”*, nos entretenemos en las cosas de afuera, por eso una virtud para el camino, una disposición humana recomendada será el *“desasimiento”*, *“soltar”* lo que es superfluo, lo que nos puede estar tendiendo trampas en la vida para así saborear lo importante, lo necesario. En una época como la nuestra de tantas ofertas y tiempos escasos, éste es siempre un discernimiento importante. Teresa podría ofrecernos algunas preguntas vitales:

- ¿En qué están concentradas mis energías en este momento de mi vida?
- ¿Vivo *“en la ronda del castillo”* o me animo a entrar en la profundidad de la vida?
- ¿Cómo es hoy mi relación con Dios? ¿Siento sed de Él? ¿Dejo entrar en la relación mi afectividad o solo vivo desde una fe acostumbrada?

BELLEZA... *“Para dároslo a entender...” (M, 4,2)*

Una gracia es recibir los dones de Dios, otra es comprenderlos y otra saber expresarlos. Con esta triple condición, Teresa escribió en sus últimos veinte años el legado de una vida espiritual intensa, llena de luchas y aprendizajes que la convierten en *“maestra de oración”*.

La experiencia de Dios, porque la desborda, se vuelve naturalmente comunicativa. Recurrirá a símbolos e imágenes *“para darlo a entender”*, para traducir a algo sensible esa conmoción de su espíritu. Con imágenes, con belleza, Teresa nos dice que Dios es *“Rey”*, *“Amigo Verdadero”*, *“Buen vecino”*, *“Pastor”*, *“Esposo”* y que sus dones son como agua de *“fuente”*, como *“vino en la interior bodega”*, como *“dardo de amor”* en el corazón. También dice mucho de la oración y aquí nos detenemos...



La oración es decisión... *“determinación”* –dirá ella- de entrar en una experiencia que puede calificar la vida de modo más pleno. Advierte que muchos empiezan y retroceden en esta decisión pues no arranca un camino radical de amor a Dios. *“Son almas concertadas”* –dirá la santa- pues aunque quieren, terminan negociando con los criterios mundanos que las retienen fuera de esta posibilidad.

La oración es un proceso... Reconocerá Teresa en esto un camino que va de mayor esfuerzo y trabajo en los comienzos, a mayor descanso y regalo a medida que se avanza, como aquel que va a regar un huerto y primero tiene que hacerlo manualmente hasta que un día llega la lluvia y todo se recibe como puro don.

La oración es amistad... Esta imagen de Dios como el *“amigo”* al alcance siempre, califica la oración teresiana como una experiencia humana llena de afectividad y nos regala una de las definiciones más liberadoras de la oración: *“es tratar de amistad estando muchas veces a solas con quien sabemos nos ama”* (V, 8, 5)

La oración es transformación... Teresa tiene la experiencia de que la oración es el ámbito de la conversión, del cambio profundo en el que el yo tantas veces protagonista se rinde y ofrece su voluntad a la del ser amado. Es allí donde algo *“muere”* para dar lugar a una vida nueva, como la mariposa

que surge del viejo y feo gusano. *“Hanle nacido alas... Todo se hace poco cuanto puede hacer por Dios, según sus deseos”* (M 5, 2,8)

Teresa provocaría preguntarnos también:

- ¿Qué nombre daría personalmente a Dios?
- ¿Cómo es la calidad de mi oración? ¿Cómo experimento en ella amistad que transforma?

AUDACIA... “En estos tiempos son menester amigos fuertes de Dios” V, 15,5.

Detrás de las personas que se han aventurado, detrás de quienes han llevado el compromiso de su fe más allá de lo común y lo previsto, detrás de tantos testigos cercanos y admirados como podríamos evocar, si miramos bien, hay siempre una rica vida interior, una relación íntima y cuidada con un Dios vivo que impulsa. Sólo quien escucha esa voz amiga, capaz de sostener los posibles desalientos, las tentaciones del camino, los sinsabores que siempre llegan, tendrá la audacia y disposición para un seguimiento que es siempre mayor identificación con Cristo hasta decirle: *“Juntos andemos Señor, por donde vayas tengo que ir...”* (CP 26,6) La experiencia teresiana nos recuerda que dependemos siempre de un don y que sin Él nada podremos hacer. Para recibirlo y ponerlo en juego necesitamos ser *“amigos fuertes de Dios”*.

Amistad fuerte con Dios que se vuelve posible en la humanidad de Cristo. La espiritualidad teresiana está centrada en Jesús, rostro visible del Dios invisible a quien Teresa imaginaba vivamente. *“Es gran cosa mientras vivimos y somos humanos, traerle humano... no me parece bien andar el alma en el aire...”* (V, 22,9) Jesús es el lugar de encuentro con Dios y a Él podía llegar de diversas maneras según su estado de ánimo integrando una perspectiva psicoespiritual. *“Si estáis alegre, miradle resucitado...”* *“Si estáis con trabajos o triste, miradle camino del huerto... o miradle cargado con la cruz...”* (CP 26, 5) Orar era para Teresa mirar y dejarse mirar por Jesús. ¿Qué marcas deja esta experiencia orante? Se vuelven criterio de verificación de la misma experiencia y recuerdan que la oración es auténtica si da estos frutos santos:

...Frutos de mayor amor... *“Lo que más os despertare a amar, eso haced”* sugiere Teresa como criterio de discernimiento siempre oportuno. Su oración es invitación al amor activo en el mundo que brota del amor a Dios experimentado en la oración.

...Frutos de mayor servicio... Ser espirituales de verdad es para Teresa concretar en obras ese amor de Dios. Un fruto de sus séptimas moradas es alcanzar en ese estadio de conciencia espiritual *“un gran olvido de sí para que nazcan obras”* al servicio de Dios y los hermanos.

...Frutos de mayor confianza... Teresa acaba comprendiendo que es Dios el que conduce su historia y la Historia y se deja llevar con menor protagonismo. La oración y la vida dejan de tener tanto esfuerzo y lucha y la suavidad y pasividad dan el temple de persona serena que sabe y espera aunque no por ello deja de hacer activamente. Son años de muchísimas fundaciones.

...Frutos de mayor unión con Dios... Y esta unión será unión de voluntades, querer lo que Él quiera, amar lo que Él ame, como un matrimonio que tiene intereses en común. Para Teresa esta unión es fruto de un proceso humano y espiritual que tiene que ver con la transformación del ego que muere para dejar lugar a Dios.

...Frutos de mayor contemplación... La mirada contemplativa es la que permite reconocer a Dios en todo y a todo en Dios, aún en la grisura de la vida, en lo más cotidiano. *“También entre los pucheros anda el Señor”*. Por eso se disuelve la barrera entre lo religioso y lo profano y se puede reconocer la huella del Creador: *“en todo hay más de lo que se entiende, aunque sea una hormiguita”*.

Una gran pregunta vital desde Teresa sería explorar la calidad de estos frutos en mí. ¿Cómo es mi amistad con Dios? ¿Reconozco o reconocen los otros algunos frutos?

La Iglesia en la que sufrió no poco en un tiempo en que a muchos se acusaba de “alumbrados”, la nombró “Doctora” reconociendo en ella la capacidad de enseñar caminos. Quizá este es el mejor aporte de Teresa, ofrecer la posibilidad de un encuentro amistoso y cotidiano con Dios, hacer experiencia de Él en los múltiples lenguajes de oración posibles y que ella también recorrió buscando caminos. Teresa invita a concretarlos, a buscarlos, a “entrar en nuestra morada” y dejar de andar en “casas ajenas” porque la nuestra está muy llena de bienes a descubrir. Y comenzar a recorrer este camino orante con la confianza de que “*Dios es amigo de ánimas animosas*”. Tengamos ánimo entonces y sintamos que siempre podemos recomenzar según aquella idea expresada alguna vez por los hermanos de Taizé... “El que avanza hacia a Dios va de comienzo en comienzo”. Quizá haya un nuevo umbral a atravesar en la vida espiritual si aventuramos la vida de la mano de estos amigos altos del espíritu. ¿Dónde estoy? ¿Qué busco y deseo? ¿A qué me atrevo?

EVANGELIO DOMINICAL (octubre)*Antonio Pagola*

27 Tiempo ordinario (B), 7/10/2012, Marcos 10, 2-16

ACOGER A LOS PEQUEÑOS

El episodio parece insignificante. Sin embargo, encierra un trasfondo de gran importancia para los seguidores de Jesús. Según el relato de Marcos, algunos tratan de acercarse a Jesús a unos niños y niñas que corretean por allí. Lo único que buscan es que aquel hombre de Dios los pueda tocar para comunicarles algo de su fuerza y de su vida. Al parecer, era una creencia popular.

Los discípulos se molestan y tratan de impedirlo. Pretenden levantar un cerco en torno a Jesús. Se atribuyen el poder de decidir quiénes pueden llegar hasta Jesús y quiénes no. Se interponen entre él y los más pequeños, frágiles y necesitados de aquella sociedad. En vez de facilitar su acceso a Jesús, lo obstaculizan.

Se han olvidado ya del gesto de Jesús que, unos días antes, ha puesto en el centro del grupo a un niño para que aprendan bien que son los pequeños los que han de ser el centro de atención y cuidado de sus discípulos. Se han olvidado de cómo lo ha abrazado delante de todos, invitándoles a acogerlos en su nombre y con su mismo cariño.

Jesús se indigna. Aquel comportamiento de sus discípulos es intolerable. Enfadado, les da dos órdenes: «Dejad que los niños se acerquen a mí. No se lo impidáis». ¿Quién les ha enseñado a actuar de una manera tan contraria a su Espíritu? Son, precisamente, los pequeños, débiles e indefensos, los primeros que han de tener abierto el acceso a Jesús.

La razón es muy profunda pues obedece a los designios del Padre: «De los que son como ellos es el reino de Dios». En el reino de Dios y en el grupo de Jesús, los que molestan no son los pequeños, sino los grandes y poderosos, los que quieren dominar y ser los primeros.

El centro de su comunidad no ha de estar ocupado por personas fuertes y poderosas que se imponen a los demás desde arriba. En su comunidad se necesitan hombres y mujeres que busquen el último lugar para acoger, servir, abrazar y bendecir a los más débiles y necesitados.

El reino de Dios no se difunde desde la imposición de los grandes sino desde la acogida y defensa a los pequeños. Donde éstos se convierten en el centro de atención y cuidado, ahí está llegando el reino de Dios, la sociedad humana que quiere el Padre.

28 Tiempo ordinario (B), 14/10/2012, Marcos 10, 17-30

UNA COSA NOS FALTA

El episodio está narrado con intensidad especial. Jesús se pone en camino hacia Jerusalén, pero antes de que se aleje de aquel lugar, llega "corriendo" un desconocido que "cae de rodillas" ante él para retenerlo. Necesita urgentemente a Jesús.

No es un enfermo que pide curación. No es un leproso que, desde el suelo, implora compasión. Su petición es de otro orden. Lo que él busca en aquel maestro bueno es luz para orientar su vida: "¿Qué haré para heredar la vida eterna?". No es una cuestión teórica, sino existencial. No habla en general; quiere saber qué ha de hacer él personalmente.

Antes que nada, Jesús le recuerda que "no hay nadie bueno más que Dios". Antes de plantearnos qué hay que "hacer", hemos de saber que vivimos ante un Dios

Bueno como nadie: en su bondad insondable hemos de apoyar nuestra vida. Luego, le recuerda "los mandamientos" de ese Dios Bueno. Según la tradición bíblica, ése es el camino para la vida eterna.

La respuesta del hombre es admirable. Todo eso lo ha cumplido desde pequeño, pero siente dentro de sí una aspiración más honda. Está buscando algo más. "Jesús se le queda mirando con cariño". Su mirada está ya expresando la relación personal e intensa que quiere establecer con él.

Jesús entiende muy bien su insatisfacción: "una cosa te falta". Siguiendo esa lógica de "hacer" lo mandado para "poseer" la vida eterna, aunque viva de manera intachable, no quedará plenamente satisfecho. En el ser humano hay una aspiración más profunda.

Por eso, Jesús le invita a orientar su vida desde una lógica nueva. Lo primero es no vivir agarrado a sus posesiones ("vende lo que tienes"). Lo segundo, ayudar a los pobres ("dales tu dinero"). Por último, "ven y sígueme". Los dos podrán recorrer juntos el camino hacia el reino de Dios (!).

El hombre se levanta y se aleja de Jesús. Olvida su mirada cariñosa y se va triste. Sabe que nunca podrá conocer la alegría y la libertad de quienes siguen a Jesús. Marcos nos explica que "era muy rico".

¿No es ésta nuestra experiencia de cristianos satisfechos de los países ricos? ¿No vivimos atrapados por el bienestar material? ¿No le falta a nuestra religión el amor práctico a los pobres? ¿No nos falta la alegría y libertad de los seguidores de Jesús?

29 Tiempo ordinario (B), 21/10/2012, Marcos 10,35-45

NADA DE ESO ENTRE NOSOTROS

Camino de Jerusalén, Jesús va advirtiendo a sus discípulos del destino doloroso que le espera a él y a los que sigan sus pasos. La inconsciencia de quienes lo acompañan es increíble. Todavía hoy se sigue repitiendo. Santiago y Juan, los hijos del Zebedeo, se separan del grupo y se acercan ellos solos a Jesús. No necesitan de los demás.

Quieren hacerse con los puestos más privilegiados y ser los primeros en el proyecto de Jesús, tal como ellos lo imaginan. Su petición no es una súplica sino una ridícula ambición: "Queremos que hagas lo que te vamos a pedir". Quieren que Jesús los ponga por encima de los demás. Jesús parece sorprendido. "No sabéis lo que pedís".

No le han entendido nada. Con paciencia grande los invita a que se pregunten si son capaces de compartir su destino doloroso. Cuando se enteran de lo que ocurre, los otros diez discípulos se llenan de indignación contra Santiago y Juan. También ellos tienen las mismas aspiraciones. La ambición los divide y enfrenta. La búsqueda de honores y protagonismos interesados rompen siempre la comunión de la comunidad cristiana. También hoy. ¿Qué puede haber más contrario a Jesús y a su proyecto de servir a la liberación de las gentes?

El hecho es tan grave que Jesús "los reúne" para dejar claro cuál es la actitud que ha de caracterizar siempre a sus seguidores. Conocen sobradamente cómo actúan los romanos, "jefes de los pueblos" y "grandes" de la tierra: tiranizan a las gentes, las someten y hacen sentir a todos el peso de su poder. Pues bien, "vosotros nada de eso".

Entre sus seguidores, todo ha de ser diferente: "El que quiera ser grande, sea vuestro servidor; y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos". La grandeza no se mide por el poder que se tiene, el rango que se ocupa o los títulos que se ostentan. Quien ambiciona estas cosas, en la Iglesia de Jesús, no se hace más grande sino más insignificante y ridículo. En realidad, es un estorbo para promover el estilo de vida querido por el Crucificado. Le falta un rasgo básico para ser seguidor de Jesús.

En la Iglesia todos hemos de ser servidores. Nos hemos de colocar en la comunidad cristiana, no desde arriba, desde la superioridad, el poder o el protagonismo interesado, sino desde abajo, desde la disponibilidad, el servicio y la ayuda a los demás. Nuestro ejemplo es Jesús. No vivió nunca "para ser servido, sino para servir". Éste es el mejor y más admirable resumen de lo que fue él: SERVIR.

30 Tiempo ordinario (B), 28/10/2012, Marcos 10, 46-52

CURARNOS DE LA CEGUERA

¿Qué podemos hacer cuando la fe se va apagando en nuestro corazón? ¿Es posible reaccionar? ¿Podemos salir de la indiferencia? Marcos narra la curación del ciego Bartimeo para animar a sus lectores a vivir un proceso que pueda cambiar sus vidas.

No es difícil reconocernos en la figura de Bartimeo. Vivimos a veces como «ciegos», sin ojos para mirar la vida como la miraba Jesús. "Sentados", instalados en una religión convencional, sin fuerza para seguir sus pasos. Descaminados, "al borde del camino" que lleva Jesús, sin tenerle como guía de nuestras comunidades cristianas.

¿Qué podemos hacer? A pesar de su ceguera, Bartimeo "se entera" de que, por su vida, está pasando Jesús. No puede dejar escapar la ocasión y comienza a gritar una y otra vez: "ten compasión de mí". Esto es siempre lo primero: abrirse a cualquier llamada o experiencia que nos invita a curar nuestra vida.

El ciego no sabe recitar oraciones hechas por otros. Sólo sabe gritar y pedir compasión porque se siente mal. Este grito humilde y sincero, repetido desde el fondo del corazón, puede ser para nosotros el comienzo de una vida nueva. Jesús no pasará de largo.

El ciego sigue en el suelo, lejos de Jesús, pero escucha atentamente lo que le dicen sus enviados: "¡Ánimo! Levántate. Te está llamando". Primero, se deja animar abriendo un pequeño resquicio a la esperanza. Luego, escucha la llamada a levantarse y reaccionar. Por último, ya no se siente solo: Jesús lo está llamando. Esto lo cambia todo.

Bartimeo da tres pasos que van a cambiar su vida. "Arroja el manto" porque le estorba para encontrarse con Jesús. Luego, aunque todavía se mueve entre tinieblas, "da un salto" decidido. De esta manera "se acerca" a Jesús. Es lo que necesitamos muchos de nosotros: liberarnos de ataduras que ahogan nuestra fe; tomar, por fin, una decisión sin dejarla para más tarde; y ponernos ante Jesús con confianza sencilla y nueva.

Cuando Jesús le pregunta qué quiere de él, el ciego no duda. Sabe muy bien lo que necesita: "Maestro, que pueda ver". Es lo más importante. Cuando uno comienza a ver las cosas de manera nueva, su vida se transforma. Cuando una comunidad recibe luz de Jesús, se convierte.

“UN CACHO DE DIOS” HUELLAS DE UN CAMINO COMPARTIDO...

Erik Koleszar

Este libro nos retrata una vida que sobre todo nos interpela profundamente. Nos cuenta la vida del P. Isidro “Cacho” Alonso, un sacerdote que tomó la opción de vivir su vocación como un vecino más de un asentamiento en Aparicio Saravia.

El autor del libro, Julio C. Romero, se define como periodista “autodidacta”. Y en la redacción del libro esto se nota porque es una especie de recopilación de testimonios, por momentos algo entreverada pero, como tampoco están editados, muy jugosos también. Cuando presentó su libro en el Palacio Legislativo, Julio nos contaba que tuvo muchas críticas de profesionales y expertos con respecto a su publicación. Su respuesta simplemente fue que había puesto el corazón en esta obra.

Lo interesante de este libro es que nos va mostrando trazos del camino que recorrió Cacho para llegar a tomar la decisión de vivir en el cantegril. Decisión que por otra parte el escribiría en esa famosa carta encontrada en una caja de zapatos: Cacho iba a encontrarlo a Él entre los pobres.

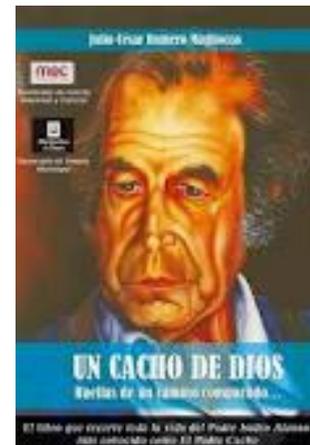
Una de las cosas en que la mayoría de los testimonios coincide, es que la vida con Cacho fue una vida de conversión para los que lo conocieron, no hubo alguien que compartiera la vida con Cacho y después siguiera igual que antes.

Su compromiso radical con los más pequeños la encontramos en frases como:

“A mí no me importa que los pobres me usen. Ellos han sido usados y manipulados toda su vida por los que tienen poder; está bien que alguna vez las cosas sean al revés. Es mentira aquello de que hay que enseñarles a pescar y no darles el pescado, porque nosotros les hemos robado la caña, el anzuelo, la barca, la red y hasta los pescados”.

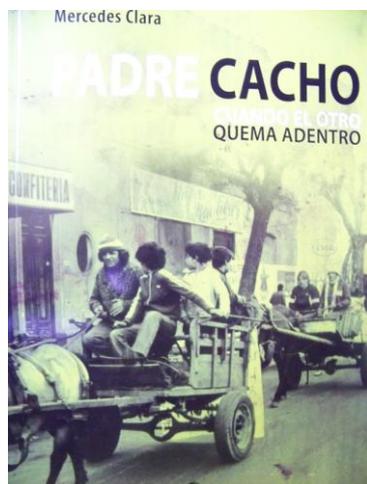
La vida de Cacho nos enseña mucho, tal y como él aprendió del Vecino de Nazareth. Cacho andando y andando empieza a conocer y a crear confianza con sus vecinos, y así empiezan a vivir lo más lindo que les ha pasado en la vida del vecindario, conocer la esperanza y la dignidad que les ayudó a buscar Cacho en Dios.

Sin lugar a dudas la de Cacho es una vida que vale la pena conocer, nos cuestiona y nos hace conocer un estilo de vida evangélico y actual. Me parece muy recomendable la idea de leerlo y reflexionarlo en comunidad. Se trata de un buen libro para conocer al P. Cacho de primera mano.



PADRE CACHO CUANDO EL OTRO QUEMA ADENTRO

María Dutto



Este es el título del libro de Mercedes Clara que se presentará próximamente. No pretende ser una biografía del Padre Cacho, aunque sí aproxima al lector a su persona, sobre todo a través de la huella que dejó en quienes lo conocieron.

No es un libro nostálgico, ni intenta recordar el tiempo en el que vivió el Padre Cacho como un pasado que fue mejor. En cambio, busca traer al hoy su forma de trabajo y su mirada del mundo, a modo de aprendizaje para el presente. Como dice la autora: “hacer memoria es más que recordar un fragmento del pasado y traerlo al presente. Es recorrer la senda hacia atrás para desentrañar lo que aún late. Ecos que llegan desde el ayer como misterio, como legado, como posible diseño del futuro.”

El libro aborda aspectos de la espiritualidad del Padre Cacho, de su relación con Dios y su manera de vivir la fe, que es inseparable de su forma de hacer trabajo social. Busca aproximarse al misterio de una vida que permanece viva en el barrio y en la Iglesia después de 20 años.

Está escrito por una mujer seducida por el mensaje de Cacho, y ese encantamiento lo transmite a los lectores. Mercedes conoció al Padre Cacho a través de sus frutos visibles en la Organización San Vicente y en el barrio de Aparicio Saravia, y así fue testigo del “milagro que obra su presencia”. Antes de este libro realizó la serie de audiovisuales *Rostros de la pobreza en Uruguay*, entre los que se encuentra *Cruzador de fronteras*, documental sobre la vida del Padre Cacho (1999).

La publicación es una iniciativa de OBSUR con apoyo del Hogar Sacerdotal Monseñor Jacinto Vera y editado por Trilce. Obsur se propuso rescatar la memoria de Cacho el mismo año de su muerte; en ese momento Rosa García y Jorge Ferrando empezaron a hacer entrevistas que quedaron en el acervo de OBSUR durante estos 20 años. Mercedes retomó ese material, hizo nuevas entrevistas y una investigación de hormiga, un “tejer en lo secreto” para dar luz a este hermoso libro.

Los que conocen a Mercedes saben que escribe de una manera encantadora; es aguda, encuentra la palabra justa. Tiene una prosa privilegiada, llena de imágenes, sonoridad y sentido.

El libro describe de manera muy acertada el tiempo en el que vivió Cacho, incluyendo la configuración política, las corrientes ideológicas en boga, la realidad eclesial. De esta manera, no muestra a Cacho como un ser aislado que se inspira únicamente en una comunicación directa con Dios, sino como un hombre de su tiempo, integrado a la realidad que le tocó vivir. Su santidad es inseparable de su encarnación profunda en la realidad social.

Para los que ya conocen a Cacho, esta obra es una oportunidad para refrescar su testimonio y resignificarlo a la luz de nuestra realidad, que es distinta a la de 20 años atrás, aunque tiene líneas de continuidad con ella. “Veinte años después otro es el contexto del país y del mundo. La sociedad uruguaya no es la misma, aunque muchos de los desafíos permanezcan intactos. Sin duda Cacho sigue insistiendo: *llegamos tarde para salvar muchas vidas.*” Para los que como yo no lo conocimos personalmente y solo hemos escuchado cuentos sobre él, es además sumamente informativo. Al leerlo dan ganas de conocer a Cacho.

Muestra a un Cacho humano, con dudas, con miedos; humano como Jesús. También a un Cacho incendiado de convicciones, de amor. “Que se vuelve pobre para ser rico. Que se vuelve frágil para ser fuerte. Que vive su humanidad hasta las últimas consecuencias y, en ese camino, se vuelve santo.” Intenta alejarse de la imagen de Cacho como una persona que todo lo hizo bien, mostrándolo en cambio en toda su humanidad y debilidad.

Para terminar, *Padre Cacho: cuando el otro quema adentro*, conmueve, sacude interpela, no deja igual al lector. Es un llamado a recordar lo esencial para la construcción de un mundo más humano, que necesita de todos. Es un libro que vale más que la pena.